

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 162.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Monumento en honor del ejército de Crimea; grabado. — Noticia de los escritores eclesiásticos españoles de los siglos XVII y XVIII. — Revista de Paris. — El árbol del recuerdo. — Entrega del gran cordon de la Legion de Honor por el embajador de Francia en Constantinopla; grabados. — Tipos y fisonomías del ejército de Oriente; grabados. — Valeriano. — El zumhador y la azucena. — Recuerdos de Elisa. — Escuela naval de Brest; grabados. — El montero. — Causa del collar de la reina María Antonieta. — Expedicion francesa á la Indo-China; grabados. — Exposicion Universal de la Industria. — Poetas famosos. — El arce de azúcar; grabado.

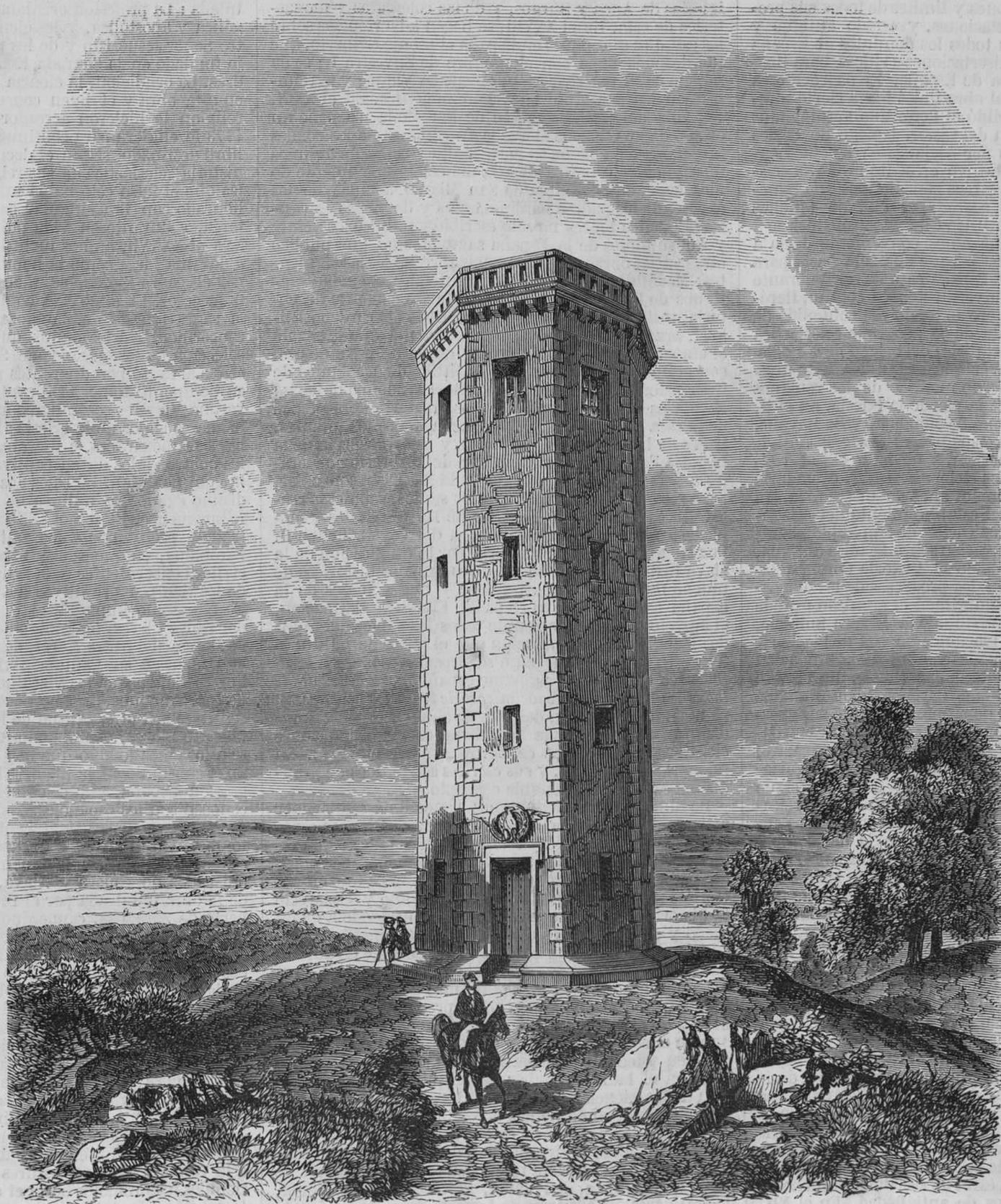
## Monumento

EN HONOR

DEL EJERCITO DE CRIMEA.

El público sigue con el mayor interés las manifestaciones del reconocimiento nacional para con los héroes de la guerra presente. El regreso triunfal de una parte del ejército francés, la acogida de sus conciudadanos y de sus hermanos de armas dispuestos á reemplazarlos, si por desgracia no se hiciera la paz, para obtener á su vez los honores que hoy les rinden ellos, tal es el espectáculo que causa una emocion universal.

Bajo esta noble impresion un antiguo soldado ha tenido la idea de consagrar algunas piedras á la memoria del inmenso hecho de armas de la toma de Malakoff.



En el centro de la Francia á 4 kilómetros al Norte de Saint-Amand-Montrond (Cher) el señor duque de Mortemart es propietario del punto culminante de la montaña del Belvedero elevada 314 metros sobre el nivel del mar. Sobre un cerro de 3 metros acaba de mandar construir una torre octógona de 70 piés de altura á cuya plataforma se llega por una escalera de caracol establecida por dentro. Desde esa plataforma de la torre Malakoff, como la han bautizado en la comarca, se descubren las montañas de la Auvernia, del Morvan, del Sancerrois y de la Marche; es un horizonte de sesenta leguas del Norte al Sur, y de cuarenta y cinco del Este al Oeste.

En el cuarto piso de la torre, un observatorio encerrará un trofeo de armas conquistadas por los soldados franceses en las murallas de Sebastopol y regaladas por el mariscal Pelissier al duque de Mortemart.

Además de los morterillos ligeros, fusiles, mosquetones, y proyectiles varios, desde la bomba cargada todavía de 180 libras hasta la bala de fusil, una mesa de mármol tomada en la Cuarentena, presentará grabada la situacion del ejército el dia memorable del 8 de setiembre de 1855. Encima de la puerta habrá por toda escultura un aguila con las alas desplegadas teniendo en sus uñas un cartucho con esta inscripcion: GLORIA INMORTAL AL EJERCITO DE ORIENTE.

J. P.

Monumento elevado en honor del ejército de Crimea, por el Sr duque de Mortemart.

## Noticia

DE LOS ESCRITORES ECLESIÁSTICOS ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

(Continuacion del artículo primero.)

Su discípulo fray Martín Sarmiento, monje también de la religión de San Benito, lector de teología moral en el monasterio de Madrid, vindicó cumplidamente los trabajos de su maestro con la Demostración crítico-apologética que publicó en 1732. En esta obra y en otras muchas que se imprimieron después de su muerte, descubre el padre Sarmiento un fondo imagoable de erudición que le captó la amistad en vida de las personas todas de ciencia que le conocieron.

Fray Enrique Florez, de la orden de San Agustín, catedrático de teología en la universidad de Alcalá de Henares, asistente general de las provincias de España, y socio corresponsal de la Real Academia de jurisprudencia y bellas letras de Paris, publicó cinco tomos de teología, haciéndose con ellos admirar en todas las universidades. Comprendió, en medio de sus tareas, la falta que habia en España de una historia minuciosa y crítica, y se dedicó á presentarla revestida con conocimientos especiales sobre diversos ramos, y singularmente de numismática. Publicó su primer trabajo, tituléndole: Clave Historial, con el cual abre la puerta á la historia eclesiástica y política, cronología de los papas, emperadores y reyes de España, Italia y Francia, con los orígenes de todas las monarquías, concilios, herejes, santos, escritores y sucesos memorables de cada siglo. En esta primera obra imitó y mejoró el padre Florez la que el abate Pedro de Vallemont habia escrito ántes bajo el título de: *Elementos de la Historia*. La Clave Historial es utilísima para comenzar los estudios históricos. La segunda obra, de la cual se han hecho varias impresiones, consta de veinte y nueve tomos, y se titula: España sagrada, teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España, origen, divisiones y límites de todas sus provincias; antigüedad, traslaciones, y estado antiguo y presente de sus villas, en todos los dominios de España y Portugal, con varias disertaciones críticas para ilustrar la historia eclesiástica de España. El padre Florez en esta vastísima y colosal obra imitó hasta cierto punto la *Italia sacra* que escribió el florentino Ferdinándus Ughelli, abad en el orden del Cister, teólogo de Carlos de Médicis, y pensionado por Alejandro VII y Clemente IX. También parece que tuvo presente la *Gallia christiana*, de que hicieron los sabios benedictinos una esmerada edicion. La *España sagrada* es una de aquellas obras, cuya importante utilidad interesa muchísimo á esta nación, por lo cual juzgamos conveniente darla á conocer con detenimiento, porque ella sola basta para manifestar que el clero de España caso de ser ignorante poseía una instruccion universal y poco comun. Harémos por lo mismo un ligero extracto del contenido de cada tomo. En el I, se trata de la geografia eclesiástica en general, y de su importancia; del origen de los obispos y demás dignidades eclesiásticas; de varias divisiones civiles y del gobierno político de los romanos desde la era española hasta la paz de la Iglesia. En el II, sostiene, contra las opiniones de Mondejar y de Mayans, que el principio de la era española es desde la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y no desde la Encarnacion, confirmando con los ciclos, heregías, calendario romano, y la reduccion de los años de Cristo á la era vulgar. En el III, habla del establecimiento del cristianismo en España, de la predicacion de San Pablo y Santiago en ella; trae una disertacion sobre la misa antigua, su anotacion, y fragmentos de la Historia Compostelana. En el IV, se continúan los progresos de los obispos y metrópolis, y se reimprimen el cronicon grande y el pequeño de Idacio, atribuido á Severo Sulpicio, probando que los falsos Idacios no son de Idacio; y añade una tabla de olimpiadas y años de la fundacion de Roma, ántes y después de la era vulgar. En el V se trata en particular de la villa de Cartagena con un mapa de los conventos jurídicos de su provincia, de sus excelencias, probadas con la explicacion de diferentes medallas; de la traslacion de la silla de Cartagena á Bigartro; y se prueba que San Fulgencio no fué obispo de Cartagena. En la conclusion del tomo V, y en el VI, sigue hablando de los concilios celebrados en Toledo, y reimprime el cronicon del Biclarense, las historias de los godos, vándalos, y suevos, de San Isidoro, la de Wamba, escrita por San Julian, la cronología de un español, anónimo escrito en el siglo VI, y el cronicon de las eras de los mártires. En el VII, se da lugar á los eruditos que contribuyeron á crear la Historia sagrada de España, y se da noticia de las iglesias de Acci, Arcárica, Basti, Beacia, Bigartro, Cartulo, Compluto, Dianio, Elotana, Ilici, Montesa, Oreto y Osma, que fueron en lo antiguo sufragáneas de Toledo; y concluye el tomo con varias cartas del rey Sisebuto. En el VIII, continúa con las iglesias sufragáneas de Toledo, á saber, Palencia, Setabi, Segovia, Sigüenza, Valeria y Urci; contesta á varios reparos de Chindurza; y pone una vista del acueducto de Segovia. En el IX, trata de la Bética, de su geografia y division política y eclesiástica; de la iglesia de Sevilla, sus obispos y santos; y pone un mapa general de toda la Bética. En el X, escribe sobre las iglesias de Abdera, Asido, Astigi, y Córdoba, sufragáneas de Sevilla. En el XI, se reproducen las obras de Alvaro Cordobés, el apologetico del abad Sanson, y otras de escritores cordobeses de mas de ochocientos años de antigüedad. En el XII, prosigue con las iglesias de Egabio, Ilipa, Eliberi, Itali-

ca, Málaga, y Tucci; y presenta el plano y descripción del anfiteatro de Itálica. En el XIII, trata de la Lusitania, de la metrópoli eclesiástica de Mérida, y reimprime el cronicon de Albelda y el de Sebastian, obispo de Salamanca; también da el plano y la descripción del puente de Alcántara. En el XIV, después del mapa de la Lusitania antigua, habla de las iglesias de Avila, Calabria, Coria, Coimbra, Ehora, Egitanía, Lamego, Lisboa, Ossonoba, Pax Julia, hoy Bejar, Salamanca, Viseo, Zamora, sufragáneas de Mérida; y reimprime el cronicon lusitano, el de Sampiro, y el de D. Pelayo. En el XV, presenta algunos descubrimientos de obispos y actas de concilios, y luego imprime el juicio entre Marciano y Habentio, obispos astigitanos, dado en los concilios de Toledo y Córdoba de 839; y trae además la descripción general y mapa de Galicia, y las obras de San Martín Bracarense. En el XVI, trata de la iglesia de Astorga, y publica cuarenta y un escrituras de notables privilegios. En el XVII, se ocupa de la iglesia de Orense con su mapa; reimprime el cronicon del Silense, y da á luz siete escrituras. En el XVIII, escribe sobre las iglesias de Mondoñedo, Britoniérne y Duminense, y publica treinta y un escrituras y los escritos del monje de Silos. En el XIX y en el XX, habla de la silla de Iria Havia y de la de Santiago; resucita la *Historia compostellana* y el cronicon Iriense. En el XXI y en el XXII, escribe sobre las iglesias de Oporto; reimprime la crónica de Alonso VII, la de Lúcar de Tuy, habla de esta iglesia, é inserta el fuero de poblacion dado por Fernando II y confirmado por San Fernando. En el XXIII, pone el mapa de Tuy y su historia desde el siglo XVI, y publica los pequeños cronicones ambrosiano, burguense y complutense, los anales complutense y toledanos. En el XXIV, habla de la Cantabria, de su extension, límites y confines en tiempo de los romanos; y trata de la provincia Tarraconense, cuyas antigüedades, descripción y mapa topográfico del sitio, el del circo máximo antiguo y el moderno, inserta. En el XXV, sigue ocupándose de la misma materia; y contesta á varias objeciones de otros escritores sobre la España Tarraconense. En el XXVI y el XXVII, trata de las iglesias de Anca y Búrgos, y de las colegiadas y monasterios de esta. En el XXVIII, se hacen advertencias sobre los estudios que siguió en España el monje Gelberto, que fué después papa con el nombre de Silvestre II; se da noticia de su maestro Aton, obispo de Vique; y se reimprimen los dos cronicones barcinonenses. En el XXIX, se habla del antiguo estado de Barcelona; se pone un estado de sus gobernadores y un catálogo de los condes propietarios; además se hace la descripción de algunos monumentos, y entre ellos la del célebre pavimento de mosaico de la parroquia de San Miguel, además de los escritos de los padres barcinonenses y de varias escrituras. El padre Florez no solo escribió y publicó los veinte y nueve tomos de la España sagrada, sino que publicó otras varias obras, siendo las mas apreciables las siguientes: Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España, obra sumamente apreciable y de notoria utilidad, que le captó la amistad del cardenal Migaci, arzobispo de Viena, y una medalla que le regaló el emperador de Austria de dos onzas de peso, de oro, con el busto del monarca, y el título de académico de inscripciones y bellas letras de la Real Academia de Paris: Memorias de las reinas católicas, historia genealógica de la casa Real de Castilla y de Leva, todos los infantes, trajes de las reinas en estampas, y nuevo aspecto de la historia de España. Vida y viajes de Ambrosio de Morales á Leon, Galicia y principado de Asturias, con notas, para reconocer las reliquias de los santos, sepulcros reales, libros manuscritos, códices de las catedrales y monasterios, viajes hechos de orden del rey D. Felipe II. Por las anotaciones á esta obra, por la publicacion de la clave historial, y por la de otros trabajos históricos de mucho mérito, y por los veinte y nueve tomos de la España sagrada obtuvo el padre Florez la estimacion, el aprecio y la admiracion de todos los sabios del mundo; siendo tal su reputacion que el autor de la Biblioteca eclesiástica friburgense se ofreció á poner en latin todos los escritos del agustino español para beneficio de todas las naciones y conocimiento de todos los hombres. El padre Enrique Florez, después de obtener en vida grandísimas distinciones de los soberanos y corporaciones científicas y literarias de Europa, murió en 1772. Su memoria es venerada, y sus escritos son tenidos en grandísima estima y en notable concepto.

De ningun modo pudiéramos poner fin á este primer artículo de la noticia de los escritores eclesiásticos españoles de los siglos XVII y XVIII mas dignamente que reseñando, como lo hemos hecho ligeramente, las obras del padre Florez, porque él fué un hombre que en sus escritos resumió, compiló, coordinó, anotó y esclareció la historia eclesiástica de España, enriqueciéndola de tal modo y con tales datos que dejó un monumento eterno de laboriosidad y una coleccion inmejorable de antecedentes y noticias para escribir la historia general de la nacion. Sino existiera otra obra mas que la España sagrada dada á luz en los dos siglos precedentes, ella seria bastante para acreditar á esta nacion, porque el país que da el sér á un autor tal como el de la España sagrada bien puede ser considerado como digno de tomar parte en el lauro de haber contribuido á la regeneracion de las ciencias y de la literatura.

Felizmente, como hemos acreditado con los apuntes que hemos consignado en este artículo, la España cuenta con un número muy notable de escritores eclesiásticos de mérito y de justa nombradía; y los nombres de Suarez, de Lanuza, de Palafox, de Macedo, de Caramuel, de Ontiveros, de Aguirre, de Lope de Vega, de Calderon, de Antonio de Solís, de Cienfuegos, de Belluga, de Aya-

la, de Ferreras, de Gomez Bravo, de Villanueva, de Scio, de Tragia, de Flamenco, de Feijóo, de Sarmiento, y de Florez, dan público y superabundante testimonio del saber, celo, laboriosidad, ilustracion y buen gusto de los autores eclesiásticos de nuestra patria en las dos centurias anteriores á la en que vivimos.

Aun podemos citar una lista no pequeña de escritores eclesiásticos que publicaron tratados apreciables y dignos de estimacion en el mismo período á que hace relación esta noticia; pero su prosecucion requiere artículo separado, para no alargar demasiado el presente, y á él remitimos á nuestros lectores.

(Artículo segundo.)

En el artículo I hemos dado á conocer los escritos y las personas de Francisco Suarez, de Gerónimo Bautista de Sellan y Lanuza, de D. Juan de Palafox y Mendoza, de Francisco de Macedo, de fray Juan Caramuel, de fray Bernardo Ontiveros, de D. José Saenz de Aguirre, de los padres salmanticenses, de fray Lope de Vega Carpio, de D. Pedro Calderon, de D. Nicolás Antonio, de D. Antonio Solís, de Lupercio y Leonardo de Argensola, de D. Alvaro Diaz Cienfuegos, de D. Luis Antonio Moncada y Belluga, de fray Juan Marian de Ayala, de Don Juan Ferreras, de D. Juan Gomez Bravo, de D. Joaquin Lorenzo de Villanueva, del padre Felipe Scio de San Miguel, del padre Joaquin Tragia de Santo Domingo, de fray Agustín Flamenco, de M. Goyanes y D. Vicente Serralta, de D. Angel Sanchez, del padre José Francisco de Isla, del maestro Benito Feijóo, del maestro Martín Sarmiento y de fray Enrique Florez. Continuando nuestro trabajo vamos á dar á conocer en este segundo artículo los escritos y las personas de otros autores apreciables; y no podemos dar principio con un nombre mas ilustre que el del padre Risco.

El padre Manuel Risco, de la orden de San Agustín, regente de sagrada teología, muy versado en ciencias, publicó en 1773 la obra docta, piadosa y metódica, titulada: La profesion cristiana, segun la doctrina evangélica y apostólica, y los ejemplos santísimos de Nuestro Señor Jesucristo y de los piadosos cristianos; trabajo fundado en la Sagrada Escritura y en los santos padres. La erudicion, la ciencia y el talento que demostró en esta obra y el buen concepto de que gozaba en su religion le hicieron acreedor á que el rey en junio de 1773 le eligiera para continuador de la España Sagrada, libro destinado, segun el decreto de S. M., á ilustrar la historia eclesiástica de sus reinos, y á disipar las fábulas que el falso celo habia introducido. El padre Risco, honrado con tan singular comision, puso manos á la tarea, y durante su vida publicó ocho tomos, desde el XXX al XXXVII, ambos inclusive, y de los cuales vamos á dar una idea, como la hemos dado de los publicados por el padre Florez, su maestro, su correligionario y predecesor. El tomo XXX contiene el estado antiguo de la santa iglesia de Zaragoza, con varios documentos concernientes á los puntos que en él se tratan, y una coleccion de las epístolas de San Braulio y de otras escritas al santo por diferentes personas muy célebres en su tiempo. El tomo XXXI contiene las naemorias de los varones ilustres cesarugustanos que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia; las noticias relativas á las iglesias mozárabes, á literatos y reyes de Zaragoza en los cuatro siglos de su cautiverio, y las obras del célebre obispo Tajon. De estos dos tomos hicieron un grandísimo elogio los autores de la Biblioteca eclesiástica friburgense. El tomo XXXII se intitula: La Vasconia, tratado preliminar á las santas iglesias de Calahorra y Pamplona, en que se establecen todas las antigüedades civiles concernientes á la religion de los Vascones, desde los tiempos primitivos hasta los reyes de Navarra. En este tomo impugna el P. Risco, por sí y en honor del padre Florez, la opinion del arzobispo francés, Pedro de Marca, del padre Moret, de Ferreras, y de D. Hipólito de Ozaeta en su Cantabria vindicada, por medio de la que sostienen que los vizcainos nunca fueron dominados por romanos ni por godos, dando á este país diferentes longitud y latitud de los límites que le puso el maestro Florez, y probando Risco que no debe atribuirse á los galos todo lo que hay escrito de los celtas; que no es constante en la historia la expedicion de los celtagalos á España, y que los celtas mas antiguos que se conocen son los españoles. Todo esto lo funda el autor en razones sólidas, convincentes é incontestables. En el tomo XXXIII están las antigüedades civiles y eclesiásticas de Calahorra, y las memorias concernientes á los obispos de Nájera y Alava, y una breve refutacion de la obra publicada por el reverendo padre fray Lambert de Zaragoza, capuchino, en la cual prueba Risco que no se opone á la piedad ni al honor de los pueblos el limpiar la historia eclesiástica de los hechos destituidos de fundamento. El tomo XXXIV contiene el estado antiguo de la santa iglesia de Leon, con varios documentos y escrituras relativas á los privilegios de la misma. El XXXV inserta las memorias de la citada iglesia de Leon concernientes á los siglos XI, XII y XIII, fundadas en escritores y documentos originales desconocidos hasta ahora y muy importantes para la historia. El tomo XXXVI trata de las memorias de la iglesia de Leon pertenecientes á los cinco últimos siglos, con un copioso apéndice de concilios, escrituras y documentos. El tomo XXXVII comprende las antigüedades concernientes á la religion de los Astures trasmontanos desde los tiempos mas remotos hasta el siglo X; el establecimiento del reino de Asturias; las memorias de sus reyes; la fundacion de la ciudad é iglesia de Oviedo; las noticias

de sus primeros obispos, y el exámen crítico de los concilios ovetenses. El padre Risco falleció sin haber podido continuar la historia de la iglesia tarraconense; pero en el corto tiempo que estuvo dedicado á la prosecucion de la España sagrada hizo publicaciones importantísimas. A la conclusion del tomo XXXV le concedió S. M. una pensión, y el papa por breve de 7 de agosto de 1787 le otorgó los honores, privilegios y exenciones de los ex-provinciales y ex-asistentes generales de la orden de San Agustin. Además de los trabajos referidos, el padre Risco publicó en 1779 una obra, cuyo título es: El reverendo padre maestro Florez vindicado del vindicador de la Cantabria; y en ella se desvanecen los insignificantes argumentos del señor Ozaeta. El maestro Risco era de carácter dulce, templado, justo, y muy amigo de la verdad. Su vida además era ejemplar. Su muerte fué muy sentida.

Después del padre Risco continuaron la España sagrada los padres agustinos fray Antolin Merino y fray José de la Canal, pero como estos escritores pertenecen al siglo actual no debemos ocuparnos de ellos en esta noticia. Acaso en otro artículo axaminemos sus trabajos.

PIO DE LA SOTA.

### Revista de Paris.

El congreso que va á decidir la gran cuestion de la paz ó de la guerra abrirá sus conferencias en Paris dentro de pocos días, y como todo el mundo se promete de él una solución favorable y pronta, se habla ya de grandes fiestas en celebracion de la paz á las que estarán convidados nada ménos que el czar Alejandro, el emperador de Austria, el rey de Cerdeña y otros personajes coronados. Nada se dice todavía del Sultan, pero es probable que los que adelantan así las noticias nos anunciarán en breve su presencia en médio de tan excelsa compañía. Tendremos, pues, otro Erfurt, otro *parterre* de reyes.

Entretanto hemos pasado el carnaval que, con tan agradables perspectivas, no ha podido ménos de ser muy alegre. Se ha bailado como nunca y en todas partes: en las Tullerías, en el Palacio Real, en las embajadas, en los ministerios, en la Opera y sobre todo en las reuniones privadas, pero con furor, como si se temiera, lo que es al revés, una cuáresma de penitencia y de silencio. En un palacio del barrio de los banqueros no se contaron el lunes último ménos de seis mil personas, cuatro orquestas, treinta mil sôrbetes y todos los uniformes del mundo conocido con todas las cintas, cruces, placas y bandas de todos los continentes. La fila de los coches era tan larga, que muchas de las convidadas pasaron la mitad de la noche en sus carruajes, y solo á las cuatro de la mañana cuando ya iban en retirada los bailarines pudieron penetrar en los salones del baile. Otras mas valerosas se apearon y atravesaron la calle á pié; así se veía deslizarse entre dos coches una forma blanca ó azul, con zapatos de raso, apoyada en una forma negra con zapato corto, medias de seda y sombrero de tres picos. En resumen, la muchedumbre era tan compacta, que un crecido número de objetos preciosos como broches de diamantes, camafeos, brazaletes y alfileres fueron hallados al otro dia en el campo de batalla de la noche. El dueño de la casa ántes de volver estas alhajas á sus dueños tuvo el capricho de indagar cuantos miles de pesos representaban todas aquellas perlas de la India, todos aquellos diamantes del Ural, todas aquellas riquezas de Gofconda, y con ese fin mandó llamar á un joyero y le dijo:

— ¿Cuánto vale todo esto?

El joyero examinó los objetos con mucha atencion, y dió la siguiente respuesta:

— Por todo reunido se pueden dar como unos cincuenta pesos.

El lance, aunque parece increíble, es auténtico y fácilmente se explica. Los grandes de nuestros dias, ó para hablar con mas propiedad, los ricos, no pueden resignarse á tener amortizado ningun capital, el dinero debe ser siempre productivo, y de aquí la desaparicion de todo aquel lujo de mesa, aquellos servicios de plata de nuestros abuelos, hoy reemplazados con metales blanqueados y dorados por M. Ruolz y sus mil discípulos. Las pedrerías finas sufren igual cambio: hoy un rico personaje que se casa, en vez de regalar á su mujer veinte mil pesos fuertes de alhajas, la entrega una inscripcion de renta de mil pesos para sus gastos de tocador anuales, y así « su capital no duerme: » la esposa recibe con emocion el papel amarillo inscrito en el gran libro de la Deuda pública, que representa para ella una renovacion constante de joyas, adornos y prendidos.

Entre los bailes públicos ha llamado la atencion como siempre el de los artistas dramáticos que se da anualmente en el teatro de la Opera Cómica. El público acude todos los años presuroso á esta fiesta de las reinas de bastidores, creyendo encontrarse allí con todas estas divinidades del mundo teatral, pero se lleva un chasco solemne, pues ellas se guardan muy bien de concurrir á un baile en donde se espera con tanto afán su presencia, lo que no impide que el año próximo asistan los galanes con igual anhelo para sufrir el mismo desengaño. Es una bonita especulacion para la caja de los artistas dramáticos.

Si el carnaval de 1856 ha sido tan bullicioso por la noche, en cambio por el dia ha sido triste, á pesar del sol de primavera que ha querido este año favorecerle. El carnaval se pasa en los bailes, solo el buey gordo conserva algun pres-

tigio. Este año hemos tenido seis en procesion, todos adornados como de costumbre con nombres de circunstancia; el mayor llamado *Sebastopol* pesaba la friolera de 120 arrobas. Las diversiones públicas del carnaval parisiense se reducen, pues, al paseo del buey mas abultado que se cria en las ganaderías de la Francia, escoltado por una turba de sacrificadores, ó sean carniceros, disfrazados con el gusto que es de adivinar en esta clase benemérita. Este año ha habido una innovacion: los seis bueyes marchaban en seis carros elegantemente adornados y tirados por tres caballos cada uno. Sin embargo, la funcion no por esto ha perdido su carácter grotesco.

Vamos á entristecer esta ligera crónica de la semana de carnaval con la relacion de un deplorable acontecimiento:

Desde el verano último los que frecuentan el boulevard de los Italianos pudieron ver en los dias de sol un anciano de mas de sesenta años paseándose lentamente con una jóven de unos diez y ocho años cuya palidez y extenuacion denotaban un estado de tisis que inspiraba la compasion de todo el mundo. Este hombre, llamado M. Van H..., era un antiguo comerciante de Amsterdam, y la jóven que llevaba del brazo, á pesar de la desproporcion de edad, era su hija única.

M. Van H... perdió su mujer hace doce años y se habia quedado solo con esa niña cuya salud delicada era ya un indicio en ese tiempo de una muerte prematura. Sin embargo, los médicos pensaban que quizás la edad produciría en ella una revolucion favorable, pero los años trascurrieron y la jóven empeoraba cada dia. No sabiendo ya que hacer los facultativos aconsejaron á M. Van H... el año último que la llevara á Italia, y el comerciante se puso inmediatamente en camino.

Cuando los viajeros llegaron á Paris, Ursula (así se llamaba la jóven) manifestó á su padre el deseo de permanecer aquí algun tiempo, y el padre que deseaba complacer á su hija, consintió en ello y tomó una casa donde se instaló con su querida enferma. Desde entónces todos los dias cuando hacia sol, M. Van H... llegaba con su hija en coche, se apeaba en la esquina de la calle Tailbout y luego se paseaba con ella por el boulevard susodicho. En las maneras del anciano con la jóven se descubria con tristeza una ansiedad solícita, pues al aspecto de la pobre enferma se adivinaba que la muerte no tardaria mucho en apoderarse de su presa.

Ursula conocia muy bien la gravedad de su posicion, pero fingia ignorarla completamente por no afligir á su padre que conservaba siempre la esperanza de salvarla y á quien la idea de una separacion habia trastornado el juicio. Hace algunos dias la jóven tuvo súbitamente el capricho de que la retrataran, y M. Van H... que se apresuraba á satisfacer todos los antojos de su hija idolatrada buscó un pintor y le advirtió que pasara por su casa el miércoles último.

Con efecto, el artista no faltó á la cita en casa del holandés, y presentado á la jóven comenzó inmediatamente su tarea. M. Van H... se ausentó un instante de la sala, y Ursula viéndose sola con el pintor le dijo:

— Despáchese Vd., despáchese Vd., ha llegado mi última hora.

Y sin hacer caso de las palabras de esperanza que la prodigaba el pintor, se dejó caer sobre los almohadones del sofá en donde estaba sentada, y el artista continuó su obra.

Cuando el anciano volvió á la sala su primer cuidado fue averiguar cómo se encontraba su hija; pero como esta no respondiera á su pregunta, creyendo que dormia hizo una seña al pintor para que diera punto á su tarea hasta el dia siguiente.

A la otra mañana cuando se presentó el pintor para continuar su retrato la doncella le introdujo sin decirle nada en el aposento, y se quedó estupefacto al descubrir á la jóven sobre el sofá en la misma postura que la víspera, en tanto que su padre arrodillado delante de ella y con el rostro oculto entre sus manos lanzaba gemidos desgarradores entrecortados de risas mas terribles aun; la enferma no se habia despertado desde la víspera, pues la víspera se habia dormido para siempre, y en cuanto al anciano, al descubrir la horrible verdad se habia vuelto loco.

Hé aquí otro lance ménos calamitoso que figura entre las novedades de la semana:

En uno de los barrios pobres de Paris vivian un jóven y una jóven. El mozo se enamoró de la muchacha y no sabiendo como enviar sus confidencias al objeto de sus ardores declaró su apuro á un obrero llamado Julian D... quien le aconsejó escribiera á la jóven prometiéndole que él encontraría un medio para que la carta llegase á sus manos. Esta carta se quedó sin respuesta; el jóven se desesperaba, y Julian le aconsejó de nuevo que escribiera, diciéndole que rara vez sale bien la primera tentativa en estos negocios.

Efectivamente el jóven recibió esta vez una respuesta corta pero lisonjera, y bajo este pié se entabló una larga correspondencia que no duró ménos de un año. ¿Porqué el enamorado se limitaba á escribir estos billetes tiernos y no se declaraba á la familia de la novia? Es porque probablemente habia alguna dificultad de grueso calibre sobre la cual no se explicaba la jóven, pero que la obligaba en cada carta á suplicar al mozo que guardara muy bien el secreto de sus relaciones, y sobre todo que no diera paso ninguno cerca de sus padres.

Cuando el galán encontraba á su amante, la veia reservada hasta lo sumo, ni una mirada, ni una seña, ni una sonrisa; era muy sencillo, una imprudencia podria comprometerlo todo. El jóven hallaba esta reserva muy natural, y entretanto marchaba la correspondencia. Ya se iban familiarizando uno con otro, y en breve la confianza era tan grande, que la jóven suplicó á su amigo la enviara algunas pequeñas sumas de dinero, sin duda para satisfacer algunos caprichos de coquetería. Pero poco á poco las cantidades

fueron creciendo, hasta llegar á formar un total importante para la condicion humilde de ambos jóvenes. Ella acusaba con toda regularidad la recepcion del dinero, y así continuaban estas singulares relaciones, cuando un rumor siniestro vino á turbar el amor platónico del jóven; la mujer á quien amaba, á quien prodigaba cartas y dinero, se casaba con otro.

Fácil es comprender su emocion: interroga sobre esto á su confidente Julian que habia sido encargado de entregar los papeles y los fondos en el año que duró esa larga correspondencia, pero las respuestas de este hombre no le parecian bien explícitas. Por fin, el novio se alarma, indaga y descubre que Julian ve á menudo un niño de una calle próxima, que este le hace varios encargos, y sobre todo que es el que le entrega las cartas de la jóven. El niño, á las repetidas preguntas que le hacen, nombra una tercera persona con quien tambien se encuentra en relacion, y hé aquí que esta tercera persona confiesa que á instancias de Julian y pagada por este, escribió todas las cartas atribuidas á la jóven, que ignoraba el uso indigno que hacian de ellas para proseguir y completar tan culpable intriga. Julian y esta persona que escribió las cartas se hallan en poder de la justicia.

MARIANO URRABIETA.

### EL ARBOL DEL RECUERDO.

EN UN ÁLBUM.

Hay en el yermo oscuro de la vida  
Un árbol consagrado al sentimiento,  
A cuya sombra duerme el pensamiento  
Velado por el ángel del amor.  
El sol no quema sus brillantes hojas  
Ni el viento del olvido las consume. —  
Su tronco no se abate. — Su perfume  
Se aspira dulcemente en derredor.

Nunca el turbion que vuela en el vacío  
Bate sobre él sus alas destructoras,  
Ni las nubes empañan las auroras  
Que van allí su luz á derramar.  
Las aves del desierto peregrinas  
Esconden su dolor en su follaje —  
El aura se columpia en su ramaje —  
Y el torrente le brinda su cantar.

Bajo la fresca sombra de sus ramas  
Va á desahogar el alma sus congojas;  
Lamenta sus pesares — y en sus hojas  
Escribe desolada su inquietud.  
Y al aliento feliz que allí se exhala  
Ve renacer sus muertas ilusiones —  
Sus ensueños de amor — sus afecciones —  
Su gloria — su entusiasmo — su virtud.

Este árbol simboliza la Memoria  
Con sus tintes de dicha y amargura —  
Cada hoja un afecto nos murmura,  
Cada rama nos dice una pasion!  
Los hombres lo apellidan el « Recuerdo, »  
Y cuando el sol de la ventura asoma,  
Acuden á su asilo — y en su aroma  
Van á embriagar el triste corazón.

Yo tambien á su tronco ya inclinado,  
Sin ilusion, sin esperanza el alma,  
Una vez y otra vez busqué la calma,  
Y al fin bajo su copa me adormí.  
Y hoy que tu voz demanda á mi cabeza  
Para tu hermoso libro un pensamiento,  
De sus hojas no ajadas por el viento  
La mas bella arranqué — y es para tí!

DOMINGO DIAZ GRANADOS.

Bogotá 1855.

### Entrega

DEL GRAN CORON DE LA LEGION DE HONOR POR EL EMBAJADOR DE FRANCIA EN CONSTANTINOPLA.

El dia 29 de diciembre próximo pasado se verificó en Constantinopla la ceremonia de entregar las insignias de la gran cruz de la Legion de Honor al Sultan, á quien las envia el Emperador de los franceses.

Por primera vez y derogando los usos y costumbres otomanos, acepta el Sultan una condecoracion extranjera, pues hasta ahora sus súbditos, como sultan, como padischah y como jefe de la religion musulmana, le habian considerado superior á todos los soberanos. Las potencias europeas, sin participar de esta preocupacion sensible, la habian estimulado en cierto modo aceptando la etiqueta de la corte de los sultanes, no obstante de ser algunas veces sobrado humillante.

Las tentativas que en ocasiones no muy remotas habian hecho la reina de Portugal, la de Inglaterra y el presidente de la republica francesa, hoy emperador Napoleon, para que el Sultan aceptara respectivamente las condecoraciones de la Torre y Espada, de la Jarretiera y de la Legion de Honor, se frustraron todas

de un modo mas ó ménos ostensible. Hoy han variado las circunstancias para Turquía, y el emperador Napoleón ha hallado medio de que acepte una cruz Abdul-Medjid. Ignoramos con qué ojos verá el verdadero partido musulman esta especie de abdicacion que á sus ojos hace el Sultan de su supuesta primacia con respecto á los demás monarcas, aunque quizás consideren, llevados de su fanatismo, que no es su soberano el honrado al recibir las insignias de la Legion de Honor, sino el monarca que se las envia porque se digna el Sultan aceptarlas.

Las insignias de soberbios brillantes llegaron á Constantinopla en una caja de ébano con la cifra del Emperador, y en el día susodicho el embajador de Francia tuvo el honor de ponerlas en manos del Sultan. La ceremonia se verificó con mucha pompa. El cortejo del embajador precedido y seguido de soldados de la guardia marchó lentamente á lo largo de Pera hasta el campo grande de los Muertos y luego hasta el palacio imperial de Tcheragan.

En el palacio M. Thouvenel fué recibido por Fuad-bajá ministro de Negocios extranjeros, Nureddin-Bey, primer intérprete del divan y el primer sumiller del Sultan, y despues de un momento de descanso en el salon para fumar la pipa y tomar los refrescos de uso fué introducido en el salon del trono.

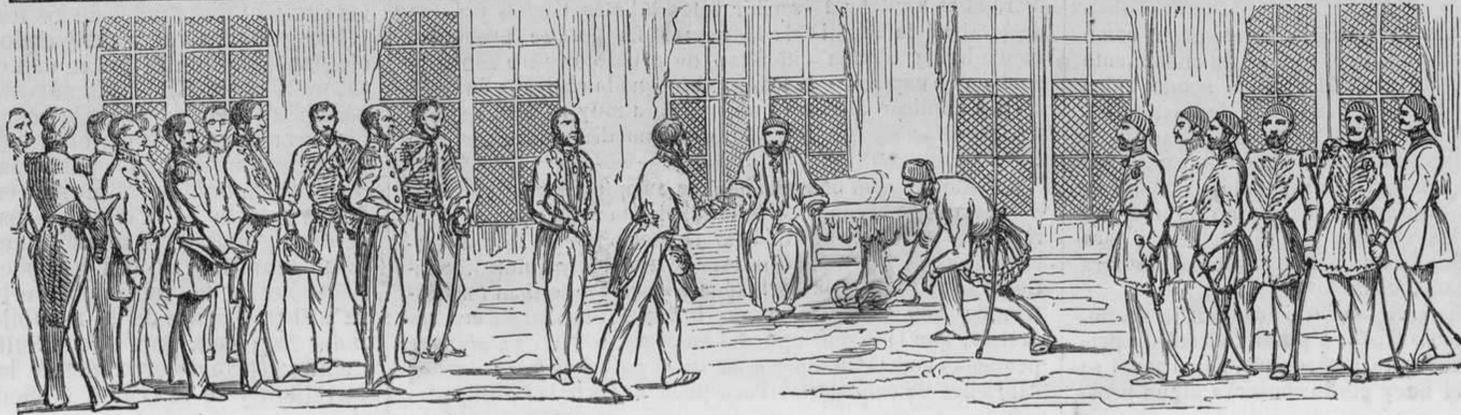
M. Thouvenel tomó entónces la palabra y pronunció el discurso siguiente:

« Señor:

S. M. el Emperador mi augusto amo se ha dignado designarme para desempeñar una mision muy grata, la de entregar á V. M. I. el gran cordon de su orden de la Legion de Honor. Es esta la vez primera que la amistad de un monarca de Francia hácia un soberano turco se manifiesta de un modo tan brillante y personal.

Así pues, V. M. I. verá en el ofrecimiento de estas insignias preciosas una prueba de los sentimientos de alta estimacion y sincero afecto que le profesa el emperador Napoleón. Esta demostracion, de la que me honro profundamente ser el órgano, deriba además de otro pensa-

### El sultan Abdul-Medjid.



Presentacion de las insignias de la órden de la Legion de Honor al sultan Abdul-Medjid.

miento, y las circunstancias actuales la prestan una significacion particular: es una nueva prenda de la alianza memorable que para lo sucesivo coloca los destinos del Imperio Otomano bajo la garantia del derecho europeo, así como bajo la salvaguardia de esa civilizacion que V. M. I., secundada por sus ministros en la realizacion de la obra á cuyo triunfo va unida la gloria de su reinado, ha anunciado, desde su advenimiento al trono, la firme voluntad de hacer que derrame sus beneficios morales y materiales sobre todos los pueblos sometidos bajo su cetro.»

El Sultan contestó en estos términos:

« Considero estas insignias preciosas, no solo como un recuerdo del particular afecto que me profesa S. M. el Emperador mi augusto aliado, sino tambien como una de las grandes consecuencias de la alianza memorable que está destinada á consolidar para siempre esas relaciones antiguas de amistad que existen entre ambos imperios.

Aprecio tanto mas esa prueba de deferencia por parte de S. M., cuanto que es la primera condecoracion extranjera que acepto, y me regocija asimismo recibirla por mano de tan distinguido embajador.

Espero firmemente que mis incesantes esfuerzos por la ventura de todos mis súbditos lograrán el deseado buen éxito, y que mi imperio, convertido ya para lo sucesivo en uno de los miembros de la gran familia europea, probará al universo entero que es digno de ocupar un puesto importante en la reunion de las naciones civilizadas. Nunca olvidará Turquía los generosos sacrificios que se han impuesto sus nobles aliados para producir ese resultado venturoso y trascendental.

Escribiré directamente al Emperador para darle las gracias; pero os encargo, señor embajador, que le transmitais la expresion de mis sentimientos.»

El Sultan tomó las insignias de la Legion de Honor de manos de M. Thouvenel y las puso sobre una mesa colocada á su lado.

El embajador se volvió á Pera con el mismo ceremonial con que habia ido al palacio.

## [Tipos y fisonomías del ejército de Oriente. — Prólogo. — (Fin.)

## III.

Sesenta horas de mar, decíamos, y hémos ya en el Pireo. Pasemos con rapidez sobre los detalles del viaje; el tiempo es malo, el Adriático muestra su mal humor acostumbrado y nos envíe encima largas oleadas cuyo recuerdo conservaré largo tiempo en mi memoria. Se dobla de prisa Mátapan y Angel. Una mirada á esa antigua roca de Citerea tan celebrada en poesía por sus naranjos, sus laureles y sobre todo sus sacerdotisas. Pero en el día no se ve otra cosa que unos peñascos muy feos con pobres líquenes.

Llegamos al Pireo y del Pireo á Galípoli es un paso. Hé aquí Constantinopla; subimos el Bósforo y nos hallamos marchando hácia Kamiesh.

Ya estamos; ya descubrimos las luces de Quersoneso; luego las escuadras en el fondeadero salen de la bruma, y por último se dibujan las costas de Crimea. — Asombroso panorama; espectáculo animado que salvo las grandes decoraciones y el telón de fondo se renueva y se cambia á cada instante, diorama gigantesco que conmueve la imaginación hasta el sumo.

A la izquierda está el fondeadero del Kathka donde se mece sobre sus anclas la escuadra del almirante Hamelin; luego el valle del Belbek. Mas cerca, la entrada del puerto de Sebastopol, el fuerte Constantino, el fuerte de la Cuarentena, y delante las fragatas que observan el interior del puerto. Se ven distintamente las luces de la ciudad y las de nuestras baterías.

El buque sigue marchando, está reconocido. Ya principia la fiesta: se pasa á popa de un buque inglés cuya tripulación entera lanza hurras frenéticos entonando al mismo tiempo el *Partant pour la Syrie*.

Por fin, se arroja el ancla; hemos llegado. Todo el mundo estaba impaciente — aunque ménos que yo, sin embargo, amigo lector, porque deseo presentarte esas hermosas figuras de soldados, esos tipos diversos que, brillantes ó cubiertos de harapos, en traje de parada ó en el negligé de la trinchera, ofrecen siempre de esos caracteres bien marcados que solo las circunstancias extraordinarias pueden poner en su relieve verdadero.

En ese pensamiento, en esa acción común, en esa unidad admirable hay un mundo de curiosos contrastes; el soldado francés fogoso y vivo que corre alegre al fuego, al asalto y aun á los hospitales; el soldado inglés frío, sereno, estóico en el estricto cumplimiento del deber, marchando impávido al encuentro de la metralla, como si desfilase en la revista; el turco fatalista, indolente, poco valeroso en la pelea, de una sobriedad ejemplar... Permítaseme recordar aquí una conversación auténtica, pues yo mismo la he oído:

— ¿Ya no te dan ración? preguntaban á un soldado turco.

— No hay mas víveres, respondió este.

— Entonces, tú los compras.

— No, hace ocho días que no nos han pagado.

— ¿Y porqué?

— Porque Dios lo quiere así. Nuestro sultán no tiene dinero, pues si lo tuviera nos lo daría. No tenemos derecho de quejarnos.

Y diciendo esto el valiente musulmán sacó de un pañuelo que llevaba



La travesía del Adriático con el mal tiempo.

colgando del morral un mendrugo de pan, negro como el carbon y duro como la piedra, le mojó para ablandarle y se le comió sin hacer un gesto.

También diremos algo de nuestros nuevos aliados los piemonteses. Buena presencia, fisonomías inteligentes y enérgicas, buen equipo. Son los últimos que llegaron, pero la apariencia fué tan simpática y la ocasión de ha-

ta no le reñía por su pereza. Hasta solía detenerse, con cualquier pretexto, dejando colgar los remos. Entonces miraban las estrellas como se reflejaban en el agua, oían el ruido de las olas en torno de la barca ó el ladrido lejano de los perros por el campo y se dejaban mecer suavemente por las ondas. Decíanse algunas palabras interrumpidas por silencios elocuentes. ¿Qué decir, á ménos de decirlo todo, en el silencio de la noche y en el aislamiento de la soledad, en medio de aquella bahía tan llena ya de recuerdos? Era preciso siempre que la condesa pusiese un término á esas contemplaciones estáticas diciendo con un tonillo de autoridad:

— Vamos, vamos, despachémonos que se hace tarde.

Valeriano obedecía al punto aunque con sentimiento y la barca proseguía su camino.

Cuando la mar estaba baja daban la vuelta por la aldea andando del brazo. Aunque el camino era mas largo y cansado tenia también su encanto para el jóven. En los momentos mas difíciles, en los sitios mas sombríos, la condesa tenia que apoyarse en él con mayor fuerza. A veces cuando un perro de los que guardaban la aldea salía á ladrar cerca de ellos, la condesa á pesar de su valor, cediendo al terror del primer instante, se estrechaba contra su guía que sentía el seno palpitante de la jóven latir sobre su pecho. Entonces herido de una especie de vértigo veía que todo daba vueltas en su derredor; su sangre se agolpaba á su corazón, sus oídos zumbaban, sus ojos se cerraban, sus piernas trémulas se negaban á sostenerle, y mas de una vez habria caído desmayado si Agata no le hubiera sostenido. Pero cuando ella le preguntaba lo que tenia, avergonzado de su debilidad recobraba toda su fuerza y continuaba el camino. La condesa no insistía, y con frecuencia llegaban á la puerta del castillo sin haberse dicho una palabra. Solo entonces se hablaban para despedirse hasta el otro día, y luego la condesa entraba en su casa precedida del criado de la esperaba siempre con una linterna.

Valeriano vuelto en sí del exceso de su emoción y dando rienda suelta á la alegría que le inspiraba la esperanza del día siguiente, corría hácia la Casa-Florida lanzando gritos de triunfo, con el corazón palpitante y



Llegada á la vista de Kamiesh.

cer sus pruebas se presentó tan pronto y fué tan bien aprovechada, que desde luego se conquistaron el derecho de ciudadanía. Al cabo de un mes eran considerados como antiguos compañeros en el gran ejército de Oriente.

Mañana pues, saltaremos en tierra, y nosotros también fraternizaremos.

D. B.

## VALERIANO.

(Continuacion.)

Siempre era bien de noche cuando se separaban. Valeriano acompañaba á las dos señoras con M. Jacquin; pero este cuando llegaba al Dominio escusándose con su inutilidad como barquero y con sus reumatismos, entraba en su casa después de decir á Valeriano que le deseaba un feliz viaje con un acento un poco irónico. El viaje era feliz en efecto, sobre todo aquellas noches en que la marquesa no acompañaba á su sobrina. El jóven remataba lentamente y Agata

la cabeza ardiendo. El fiel Griffon que acompañaba todos los pasos de su amo, creyéndose provocado por sus turbulentas manifestaciones, respondía á ellas al instante con brinco desordenado y ladridos formidables.

Unos quince días se pasaron de ese modo.

Una vez se convino en una partida de pesca, y efectivamente todo el mundo se reunió en la Casa-Florida. Solo la vieja marquesa faltaba á la cita, pues habia pretextado una indisposicion para libertarse de asistir á la fiesta que habria sido cansada para ella. En cambio la condesa habia acudido con una exactitud militar por la que M. Jacquín la felicitó vivamente. Despierta, gozosa y alegre como un pajarillo, queria mezclarse en todos los preparativos, participar de todos los arreglos y estimulaba el celo de todo el mundo. Parecia el alma de todo aquel movimiento, el genio familiar de la casa. Valeriano, arrodillado sobre sus redes que estaba disponiendo, la seguía con los ojos con una admiración ingenua, la sonrisa sobre los labios, olvidando su obra.

Entretanto Eugenia se paseaba sola por el jardín con su tranquilidad ordinaria.

Cuando todo el mundo estuvo dispuesto, Agata dió la señal de la marcha.

— Paso acelerado, exclamó alzando en el aire su sombrilla blanca.

— Bien mandado, exclamó M. Jacquín, pero me parece que no son los tenientes los que tienen que dar órdenes cuando hay aquí oficiales superiores.

— ¡Ah! es verdad, repuso al punto volviéndose hacia madama Hubert; os pido mil perdones por mi usurpacion. Si fuera ménos atolondrada me habria acordado que aquí no se debe reconocer mas autoridad que la vuestra.

— No os pareis en eso, hija mia, respondió la excelente señora, os cedo por hoy todos mis derechos. Además, sois la reina de la fiesta.

— Mil gracias, acepto de todo corazón vuestras bondades. En cuanto á vos, añadió volviéndose hacia M. Jacquín, en cuanto á vos, señor censor, habeis de saber que aquí no sois alcalde ni comandante sino mi obediente súbdito y soldado. Así pues, nada de rebelion y seguidme.

Y diciendo esto arrastró vivamente al comandante, y se fueron con Eugenia que continuaba paseándose por el jardín.

M. Jacquín tomó un brazo á cada una de ellas y considerándolas alternativamente con igual complacencia, las dijo:

— Si yo fuera mas jóven, tendria el aspecto del pastor París entre Venus y Minerva, y á fé mia que no sé á cual de las dos daria la manzana.

Nada, en efecto, era mas encantador que el contraste de aquellas dos mujeres.

Eugenia que llevaba un vestido de merino color oscuro, tenia en la mano un sombrero de paja de anchas alas flotantes. Sus cabellos negros peinados en bandó ondulaban apenas sobre su frente, y la luz alumbraba por todos lados las hermosas líneas de su rostro cuya noble expresion realizaba aun la severidad de su traje.

Agata luchaba en frescura y en gracia: llevaba un vestido de guinga color de rosa, ligeramente escotado y una capota de paja de arroz con cintas de color de rosa tambien bajo la cual se escapaban los bucles abundantes de sus cabellos rubios; al cuello tenia un chal blanco de gasa.

M. Jacquín tenia su traje de fatiga compuesto de una levita y de un pantalon de lienzo grueso, y en la cabeza la inevitable gorra de cerda.

— Y bien, dijo Agata volviendo, ¿qué hacemos?

— ¿Pero queréis ponerlos en camino con ese sombrero? preguntó con sorpresa Valeriano.

— ¿Porqué no?

— Porque no os resguardará nada.

— ¿De veras?

— La forma es muy estrecha, os abrasaréis y hasta podréis coger un tabardillo.

— ¿Qué remedio hay? no tengo otro.

— Eugenia os dará el suyo.

Eugenia miró vivamente á Valeriano, luego bajó los ojos palideciendo y tendió sin decir una palabra su sombrero á la condesa.

— Eres una buena muchacha, exclamó Valeriano dando un beso á su prima; muchas gracias.

Eugenia hizo un movimiento hacia atrás para libertarse de las caricias del jóven, y le rechazó suavemente con la mano.

— No te pedia yo ese, repuso Valeriano, sino el otro que no te pones nunca; corro á buscarle; podeis ir andando que os alcanzaré en breve.

Y luego sin pedir permiso á nadie, se apoderó de la capota de Agata y se fué corriendo hacia la casa.

Por fin se pusieron en marcha, la condesa dando el brazo al comandante y Eugenia con su madre. Santiago y Francisca formaban la retaguardia llevando en unos cestos las provisiones y utensilios necesarios. Bajaron hacia la bahía que la marea acababa de dejar en seco. Apenas tocaban á la arena cuando llegó Valeriano precedido de Griffon con el sombrero de Eugenia en la mano y al hombro la carga pesada de sus redes. Estaba vestido de marinero, pantalon y camisa de lana azul y en la cabeza un gorrito encarnado de lana.

— A fé mia, le dijo la condesa, que os sienta bien aconsejar la prudencia á los demás. Os dará mucha sombra y frescura el gorro que llevais puesto.

— ¡Oh! en cuanto á mí es diferente, respondió el jóven; yo soy duro, el agua, el viento el y sol me conocen, son mis amigos y nunca me hacen daño.

Y como para probar lo que decia, se quitó sus zapa-

tos que metió en sus redes, se alzó su pantalon y descalzo de pié y piernas se puso á correr por la playa. A poco rato habia adelantado mucho á la columna.

— Valeriano, exclamó la condesa, esperadnos.

— ¡Valerianos á secas! dijo el comandante á media voz; bueno va eso.

Agata conoció su imprudencia y dirigiéndose á madama Hubert á quien pedia siempre proteccion contra los ataques de M. Jacquín, la dijo:

— Perdonadme las libertades que me tomo con vuestro hijo, pero no puedo ménos de considerarle como un niño, y por esto le trato tan familiarmente.

— Teneis razon, respondió madama Hubert, es un privilegio que pertenece sino á vuestra edad al ménos á vuestra posicion.

— ¡Un niño, un niño! murmuraba riendo el viejo militar, un niño que...

— ¡Ah! ¡qué bonitas conchas! exclamó Agata gozosa porque podia libertarse de los comentarios de su compañero, y soltando su brazo principió á recoger algunos de esos moluscos acéfalos que se hallan esparcidos por las riberas de la Bretaña.

El tiempo estaba magnífico. Un sol radiante subia alegremente por medio de un cielo sin nubes. Las rocas de la derecha proyectaban sus grandes sombras sobre la alfombra dorada de la playa en tanto que la izquierda inundada de luz destacaba á las miradas los menores accidentes de sus masas de rocas. Una ligera brisa Nordeste, toda impregnada de los perfumes salados de alta mar, venia á refrescar la atmósfera que ya principiaba á calentarse. Los paseantes se adelantaban alegremente hacia la orilla, deteniéndose á veces los unos para coger cangrejos que corrian por los charcos, los otros para hacer colecciones de aquellas conchas que excitaban los desdenes del comandante.

Pronto llegaron á la extremidad de la bahía, y entonces un espectáculo sublime se ofreció á sus ojos. El horizonte que ya no limitaban los peñascos se desplegaba en toda su inmensidad. Enfrente el inmóvil azul del Océano parecia dormir bajo la bóveda trasparente del cielo, donde el sol se movia como una lámpara de oro colgada de una cadena invisible. A la izquierda, á una distancia de muchas leguas, el cabo Trebel se adelantaba en la mar, parecido á un gigante guardian de la tierra. A la derecha las costas de la Bretaña, que se perdian en largas ondulaciones, parecian buscar en la bruma luminosa las costas lejanas de la Normandía.

El amor á la naturaleza tiene de supremo que nunca se cansa ni se satisface. Aunque todas las personas presentes, excepto una sola, se hallasen acostumbradas á la vista de esas magnificencias, ninguna de ellas permaneció insensible á tales encantos. Una emocion profunda se apoderó de todos los corazones. Las grandes admiraciones son silenciosas, nadie pronunció una palabra.

Agata miraba delante de sí con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos fijos, inmóvil y como extasiada. Valeriano, un poco detrás de ella, la contemplaba al mismo tiempo que el horizonte como si hubiese querido reunir en la misma mirada, en el mismo pensamiento sus dos entusiasmos, identificar la naturaleza entera con su ídolo, dirigir sobre un solo objeto todos los trasportes de su alma.

Eugenia y su madre se estrechaban suavemente la mano, clavando en el cielo sus ojos llenos de lágrimas, y por último, tambien el comandante tenia pintada en su rostro varonil una expresion recogida y casi melancólica. En cuanto á Santiago y Francisca arrodillados á pocos pasos de sus amos, elevaban hacia Dios el piadoso homenaje de su fé sencilla y le daban gracias instintivamente porque habia puesto al alcance de todos las maravillosas bellezas de la creacion.

Pero la deplorable condicion de nuestra naturaleza no permite que duren mucho las grandes impresiones. Nuestra alma se fatiga pronto de lo sublime, y en breve experimenta como un pájaro cansado por un vuelo demasiado rápido, la necesidad de doblar sus alas y de hallar un reposo en lo mas hondo de la realidad. Intentamos continuamente el viaje de los cielos, y parecidos á aquel gigante, símbolo antiguo de nuestra miseria, sin cesar tenemos que tocar la tierra para recuperar nuestras fuerzas perdidas.

Agata fué la primera que rompió el silencio.

— ¡Qué hermoso espectáculo! exclamó; quiero ver mas lejos.

Y volviéndose hacia los peñascos de la derecha se lanzó sonriendo por un senderillo de cabras que serpenteaba en medio de las rocas. Durante algun tiempo subió con ardor que no calmaban ni la fatiga ni la aspereza del camino, y luego se detuvo de repente con aire asustado. Una bandada de gaviotas, que se espantaron al verla, acababa de salir estrepitosamente de una especie de caverna aérea que estaba sobre su cabeza, y volaba hacia la mar lanzando chillidos agudos.

— Mi escopeta, Santiago, mi escopeta, dijo con presteza el comandante; quiero matar algunos de esos pajarillos cuya pluma es excelente para almohadas.

El criado obedeció con la solemnidad del breton, y presentó la escopeta al comandante.

— Ya no es tiempo, repuso M. Jacquín con mal humor, están lejos ahora; pero esto se gobernará, añadió con un tono mas dulce; las diré dos palabras despues de la pesca y despues del almuerzo.

Así el digno comandante bajaba en un momento de las alturas de la admiración á los pensamientos mas vulgares.

Todo el mundo imitó su ejemplo, y ya solo se ocuparon en preparar las redes. A la vista de aquellos pre-

parativos, Agata, siempre ávida de nuevas diversiones, volvió corriendo por la cuesta.

En breve se dispuso todo, y se adelantaron hacia la mar que ya principiaba á subir; era el instante propicio. Valeriano y Santiago llevando cada cual una de las estacas, entraron juntos en el agua y marcharon hasta que les llegó á los hombros. Valeriano echó á nadar arrastrando la estaca y describió un rastro semi-circular. Cuando se encontró en la línea de Santiago, aunque á mucha distancia, volvió á tocar tierra, y ambos entonces á una señal dada, marcharon nuevamente, aunque esta vez hacia la orilla. Todo el mundo guardaba silencio para no asustar á los peces.

Los dos pescadores avanzaban lentamente detenidos á la vez por la resistencia del agua y por el peso de las redes desplegadas. Madama Hubert, Eugenia y Francisca sentadas en la arena á pocos pasos de la mar, miraban con la serenidad de gentes acostumbradas á tal espectáculo.

Agata, por el contrario, se acercaba tanto á la orilla, que tenia que retroceder precipitadamente á cada oleada que avanzaba. El comandante en pié junto á ella, se divertia ora en burlarse de su miedo, ora en incomodar á Valeriano con movimientos de cabeza que querian decir que todo cuanto hacia era en vano y que no pescaria nada. Este fijaba en el agua miradas escudriñadoras y seguía con ansiedad los movimientos de sus redes, como si su honor dependiera del resultado.

A todo esto Santiago trabajaba con una sangre fria imperturbable. Algunos peces saltaron de repente á la superficie del agua. Valeriano lanzó un grito de triunfo y se puso á tirar con mas ardor que nunca. La condesa aplaudió saltando de júbilo, y hasta el mismo comandante abandonó al punto su aire de burla y mostró claramente que tenia tanto interés como cualquiera en el buen éxito de la pesca.

— ¡Hurra! exclamó agitando su gorra con trasporte; ¡valor, Santiago! Adelante, adelante, que los peces se van á escapar por tu lado.

Y como este continuase marchando á pasos contados, ni mas ni ménos que ántes, el ardoroso soldado, cediendo á su impaciencia, entró en el agua hasta las rodillas, y se puso á tirar con tanto vigor, que estuvo para caer de espaldas y arrastrar en su caída á Santiago.

La pesca habia sido abundante. Una porcion de peces grandes y pequeños saltaban en la arena ó en las redes. Una vez alcanzada la victoria pusieron á recoger los prisioneros. Los tres hombres lo lograron prontamente; Agata quiso tambien mezclarse en la faena, pero apenas habia cogido un pez, cuando asustada con su resistencia, le dejó caer soltando un grito. Elegidas las mejores piezas, arrojaron al mar la pesca menuda.

Enseguida pensaron en el almuerzo.

M. Jacquín, que era gastrónomo, no quiso ceder á nadie el cuidado importante de presidir á las operaciones culinarias. Colocó la cazuela en una posicion favorable y mandó á Santiago y á Francisca que prepararan los peces. Luego midió exactamente la cantidad de agua necesaria, mezcló unas verbas aromáticas, echó la pesca y dejó que cociera todo con el reloj en la mano.

Cuando el guiso estuvo en su punto, exclamó con la misma autoridad que si hubiera mandado el fuego en una batalla:

— Poned la mesa.

Su órden se obedeció prontamente. Todo el servicio que se componia para cada uno de un plato, un cuchillo, un tenedor y un vaso, se dispuso en un instante sobre la arena que servia de mesa. Se destaparon dos botellas de Burdeos, y la pesca, sacada en la misma cazuela, fué declarada excelente, con la mayor satisfaccion de M. Jacquín.

— Pido, dijo este, alzando su vaso, que se dé un voto de gracias al cocinero.

— Adoptado, respondió Agata, pero á la condicion de que igual tributo de gratitud se pagará al pescador, causa primitiva de nuestro júbilo.

Una viva discusion se entabló entre el comandante que queria ser el primero y la condesa que hacia valer los derechos de Valeriano. Por fin este intervino diciendo:

— Para poner de acuerdo á todo el mundo propongo brindar primeramente á la salud de la condesa, cuya presencia aquí ha hecho favorable nuestra pesca.

Y acercó su vaso á sus labios; todo el mundo imitó su ejemplo bebiendo á la salud de la condesa. Esta quiso hacer honor al brándis y buscó por todos lados su vaso, pero inútilmente; M. Jacquín viendo su apuro no dejó de aprovecharle.

— Podeis buscar largo tiempo vuestro vaso, dijo con ironía; ¿no veis que Valeriano lo ha cogido?

— ¡Yo! respondió este con presteza, poniéndose encarnado; yo...

Pero no pudo continuar; al bajar los ojos acababa de ver delante cerca de su plato su vaso medio vacío; la condesa vió en su socorro.

— Ya que os habeis apoderado del mio, dijo sonriendo, justo es que yo tome el vuestro.

Y llevó la mano al vaso de Valeriano; este tuvo la adorable torpeza de querer impedirsele.

— Es que... repuso titubeando, es que...

— ¿Qué? repitió Agata fijando en él unos ojos tiernamente burlones.

— He bebido ya en el mio.

— ¿Y qué queréis que haga? Yo no puedo morirme de sed por vuestra buena cara.

Y acabó de vaciar resueltamente el vaso que Valeriano habia comenzado. El jóven, sobrecogido de una tur-

bacion extraña en donde la vergüenza se mezclaba con la alegría, no se atrevió á levantar los ojos ni á decir una palabra. La condesa se compadeció de verle en aquel estado en que ella le habia puesto, y trató de llevar la atención hácia otra parte.

— Pero, mi querido comandante, ahora que nos habeis mostrado vuestros talentos como cocinero os quedan que hacer vuestras pruebas de cazador. Hé ahí esos pajarracos de mar que pasan sobre nuestras cabezas como para insultarnos.

— Y es verdad, repuso M. Jacquin levantándose; pues bien, vais á ver qué lecciones doy á los que parece se burlan de mí; mirad y aprovechad la leccióncita.

Y tomó la escopeta, pero ántes de que tuviera tiempo de armarla las aves que revoloteaban sobre su cabeza como si hubiesen adivinado sus intenciones hostiles, se alejaron rápidamente. En vez de cortarse al ver tal resultado, el comandante halló medio de aplaudirse.

— ¿Habeis visto? dijo con aire de triunfo, las pícaras no son tan tontas como parecen, al punto me han conocido. Pero no le hace, añadió meneando la cabeza, no perderán nada por esperar, y quiero justificar la opinión que parece tienen de mí. Valeriano, ¿me acompañas?

— No puede ser, comandante.  
— ¿Y por qué?  
— Porque tengo que hacer secar mis redes.  
— Con el calor que hace ya se secarán solas, y te necesito para que traigas la caza.

Y sin esperar la respuesta de Valeriano, se volvió hácia la condesa y añadió:

— ¿Y vos, mi hermosa heroina, no quereis formar parte de la expedición? En cuanto á estas señoras no se lo propongo, porque les repugna el ruido de la pólvora y la vista de la sangre.

— Gracias por el ofrecimiento, comandante, respondió Agata; en otro momento le aceptaría, porque á mí no me asustan los tiros, pero no me atrevo á desafiar los ardores del sol; me quedaré con estas señoras y os admiraremos todas de lejos. Buen ánimo.

Llegado á la mitad de su carrera el sol descansaba en el zenit; sus rayos desplomándose sobre las orillas del mar hacían resplandecer las arenas. Las tres señoras atravesaron la bahía detrás de los dos cazadores y fueron á sentarse cerca de los peñascos de la izquierda al abrigo de un ángulo saliente que era el único que daba un poco de sombra. Eugenia y su madre que habian llevado su bordonado se pusieron á trabajar, Agata siguió con los ojos al comandante y á su compañero que volvia á cada instante la cabeza atrás, que no iba con mucho júbilo á la caza.

Así marcharon durante cinco minutos.  
— Prudencia ahora, dijo M. Jacquin en voz baja, ya nos vamos acercando.

Apénas habia pronunciado estas palabras cuando todas las aves que habian ido á descansar allí echaron á volar juntas, divirtiéndose mucho á la condesa que se regocijaba con los infortunios de M. Jacquin, y se fueron á quinientos pasos mas lejos.

— Vamos, vamos, exclamó el comandante impertérrito, la maniobra les ha salido bien, pero como nosotros no somos reclutas, ya las alcanzaremos.

Y prosiguió la persecución del enemigo arrastrando siempre á su víctima. Después de haber andado unos cuatrocientos pasos exclamó:

— Ahora inclinémonos y marchemos despacio, treinta pasos mas y son nuestras.

¡Trabajo inútil! ¡vana esperanza! Las aves hicieron lo que ántes, echaron á volar á toda prisa.

— ¡Lléveme el diablo! exclamó el viejo militar con un principio de mal humor, se diría que lo hacen de intento.

Y después de una corta pausa, que consagró á una reflexión profunda, repuso bruscamente:

— ¿Qué viento sopla?  
— Noroeste, comandante.

— Eso es; ya decia yo que aquí habia algo. Es la maldita brisa que les lleva el olor de mi pólvora. Parece mentira; pero esos pajarracos que no tienen nariz, tienen sin embargo un olfato mas fino que los perros de caza. Pero vamos á cogerlos de flanco y ya verás como entónces podremos adelantarnos con la cabeza alta y las manos en los bolsillos.

La proposición no lisonjaba mucho á Valeriano que trató de esquivarla.

— Me parece, mi digno comandante, le dijo con aire de interés, que os quereis exponer demasiado; hace un sol que abrasa.

— ¿Y desde cuando tienes tú miedo al sol?

— Lo que digo no es por mí, sino por vos.

— ¿Por mí? déjame en paz con tu airecillo meloso. ¿Te imaginas que me la pegas? Lo que tú quieres es sentarte junto á las señoras para hacer el amable; te conozco, amiguito, pero no me dejes engañar por tu hipocresía; tú has tenido tu vez para la pesca, justo es que yo tenga la mia para la caza. No puedo presentarme ante las señoras con las manos vacías.

Mucho habria habido que decir contra este raciocinio, y no habria sido difícil probar á M. Jacquin que habia en su propósito tanta injusticia como egoismo; pero el jóven no tenia la costumbre de contrariar á su viejo amigo y prefirió sufrir su tiranía momentánea á negarle lo que pedía. Así pues, sin replicar, siguió con la cabeza baja al comandante, que se preparaba á ejecutar la famosa maniobra de la que se prometia tan brillantes resultados. La maniobra duró largo tiempo, en vista de su complicación, lo que no la impidió fracasar completamente. Apénas los cazadores habian llegado á unos

cientos pasos de las aves, cuando estas, fieles á su plan de campaña, se alejaron otra vez en masa.

— Pues lo que es ahora, exclamó M. Jacquin pegando iracundo en el suelo con la culata de su escopeta, digo que esto no puede ser, hay alguien que las advierte.

Valeriano no pudo ménos de soltar una carcajada.

— ¿Te ríes? repuso su compañero con aire escandalizado; sin embargo, bien claro está, tú las adviertes.

— ¡Yo! repitió el jóven estupefacto.

— Sí, tú, con tu maldito gorro encarnado; ¡qué idea de ponerte un gorro semejante; á dos lenguas te se distingue!

— Pues ya seria peor si fuese blanco.

El digno comandante iba á responder á la observación, cuando de repente se le ocurrió una idea nueva.

— ¿Tienes ahí tu pañuelo? le preguntó.

— No, respondió Valeriano sin meter la mano en el bolsillo, pues adivinaba el objeto de la pregunta.

— ¡Qué olvido! exclamó el comandante, pensando en dar su pañuelo á Valeriano para que este le rodease á su cabeza, pero como hacia mucho calor, no quiso llevar adelante su idea, pues se habria quedado sin poderse enjugar la frente por donde el sudor corria á caños.

— Ya que no tienes tu pañuelo, repuso al cabo de un momento de reflexión, puedes marcharte.

Valeriano se apoderó del permiso con mucha rapidez; pero M. Jacquin no pudo decidirse á soltar completamente su víctima, la única que hasta entónces tenia entre sus manos.

— Oye, oye, dijo á Valeriano que se alejaba corriendo, quédate al alcance de mi voz; puedes sentarte á la sombra de esa roca ya que hoy temes el sol, y cuando te llame vendrás para ayudarme á llevar la caza.

El comandante no renunciaba fácilmente á sus ilusiones, de modo que prosiguió su inútil cacería, pero por mas que andaba, volvia y maniobraba en todos sentidos, no pudo alcanzar lo que deseaba, habriase dicho una caza fantástica. Las aves abusaron de su constancia para llevarle á distancias inmensas por entre charcas y barrancas.

Cuando Valeriano que le seguia con los ojos le vió á cierta distancia, se apresuró á volver al sitio en donde habian quedado las señoras; pero para no exponerse á las reconvenções del comandante á quien el mal éxito de sus tentativas podia dar un humor endiablado, tuvo la precaucion de disimular su fuga. Se puso, pues, á circular con precaucion por en medio de las rocas, y llegado á una cumbre distinguió de repente á sus piés á la condesa que dormia tendida sobre la arena con la cabeza envuelta en su chal de gasa.

Sofocada por el calor, se habia separado de sus dos compañeras y habia buscado un rincón oculto para dormir la siesta. El sitio estaba bien elegido; era una caleta casi circular sembrada de una arena fina que bajaba suavemente hácia la ribera y orillada de rocas. Agata se habia instalado allí muy confiada prometiéndose que ni la brisa ni el sol la incomodarían, pero si hubiera sido un poco mas inteligente en astronomía, habria previsto que el sol al continuar su carrera vendria á visitarla seguramente. Ya en aquel momento un rayo indiscreto penetraba por una quebradura que habia sobre el Sudoeste y bañaba los rizos de su cabellera.

Valeriano vió el peligro que amenazaba el sueño de la jóven, y deslizándose con una rapidez silenciosa por el otro lado de la roca que acababa de escalar, se colocó en pié á la entrada de la caleta para interceptar los rayos del sol. La condesa que acababa de sentir en medio de su sueño un malestar instintivo, se despertó al experimentar que desaparecia. Entrecabrió los ojos, vió al jóven y lo comprendió todo, pero hizo como que no habia visto ni comprendió y volvió á cerrar los ojos. Valeriano se engañó completamente con aquella astucia. En tanto que los rayos del sol pudieron alcanzarle permaneció inmóvil en el mismo sitio haciéndola sombra en su cuerpo, pero cuando vió que el astro desaparecia detrás de las rocas, cuando ya no pudo abrigar ningun temor por el descanso de su protegida, se acercó á ella poco á poco y conteniendo su aliento, y luego se arrojó á su lado para verla dormir.

(Se continuará.)

EL ZUMBADOR Y LA AZUCENA.

MADRIGAL.

Colúmpiase en el prado una azucena  
Tan bella y tan lozana  
Como de abril la cándida mañana.  
El zumbador que la enamora tierno,  
De su pudor y su beldad celoso,  
No se atreve á libar en su corela  
El néctar delicioso:  
Del sustento se priva  
Porque lozana y candorosa viva,  
Y muriera contento  
Gozando los perfumes de su aliento.  
Encantadora Elena,  
Yo soy el zumbador, tú la azucena.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Puerto Rico.

A UNAS FLORES MARCHITAS.

RECUERDOS DE ELISA.

ROMANCE.

Florecillas, que habeis sido  
Galas del vergel un dia,  
Y hoy confidentes discretos  
De mi amor y mis desdichas:  
Por Dios que mucho me duele  
El contemplaros marchitas;  
Pues sois en mi pensamiento  
Dulces memorias de Elisa.

Prendas del amor ardiente  
Que alimenta el alma mia,  
Y aunque de esperanza falto,  
Eterno en ella se anda,  
Compañeras de mi pena,  
Venid conmigo á partirla,  
Recordándome en su ausencia  
La hermosa imagen de Elisa.

Ménos bellas que mi amada,  
Pero ménos que ella esquivas,  
No os negueis, marchitas flores,  
A mis amantes caricias:  
Dejad que os diga el secreto  
Que nunca osaré decirlo,  
Que pues bellezas son flores,  
Miro en vosotras á Elisa.

Venid, flores, á acordarme  
Su belleza peregrina,  
La dulzura de su acento,  
De sus labios la sonrisa,  
Y aquella hermosa mirada,  
Que ora tierna y ora altiva,  
Un cielo de dicha y gloria  
Pinta en los ojos de Elisa.

Símbolos de mi esperanza,  
Y de mi dolor amigas,  
No os apartéis de mi pecho,  
Aromosas florecillas.  
Ni recordéis los vergeles,  
Cuya espesura florida,  
Os criará para ofrenda  
A la hermosura de Elisa.

Ni la aurora en que os abristeis  
A su tibia luz benigna,  
Que en el vergel de mi pecho,  
Aunque secas y marchitas,  
Por mi mano cultivadas,  
Viviréis lo que yo viva;  
Pues solo podrá la muerte  
Borrar de mi seno á Elisa.

Ni la gota del rocío,  
Que os bañaba fresca y límpida  
Ni el aura de la mañana,  
Que vuestro tallo mecía,  
Lloreis, flores, pues os riegan  
Las tiernas lágrimas mías,  
Tristes lágrimas que vierto  
Al verme ausente de Elisa.

Ni los brillantes matices  
Que vuestras hojas teñían,  
Ni vuestras suaves esencias  
Lloreis, flores, por perdidas;  
Que en vosotras bebo el ámbar,  
Y admiro las frescas tintas,  
Que os dejaron al tocaros  
Las bellas manos de Elisa.

Acompañadme en mi duelo,  
Inocentes florecillas,  
Y no os quejeis por miraros  
Cuál mi corazón marchitas;  
Que, aunque muertas, en mi pecho  
Gozaréis de eterna vida,  
Pues que yo viva es forzoso  
Pará adorar á mi Elisa.

F. JAVIER SIMONET.

Escuela naval de Brest.

EL BORDA. — ESCUELA PRÁCTICA.

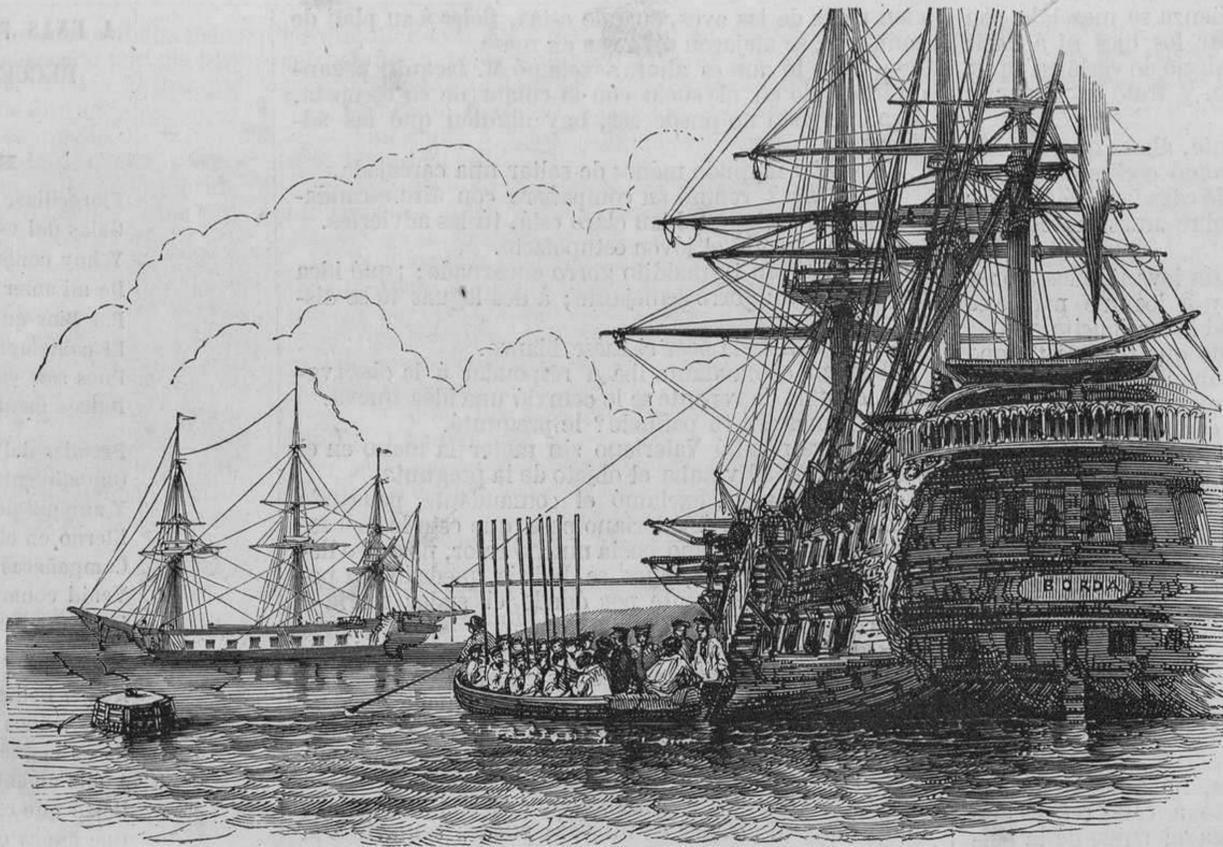
LOS DISCÍPULOS YENDO Á BORDO DE LA CORBETA. — N.º 1.

Como el navío-escuela no podria aparejar sin entorpecer la regularidad de los estudios, le reemplaza una corbeta cuantas veces se trata de ejecutar maniobras. Esta corbeta armada de catorce cañones de poco calibre,

se llama *la Licorne*. Durante el tiempo que pasa en el puerto la corbeta se mandan á ella los discípulos que la desaparejan quitando todas las jarcias firmes y de babor, y la aparejan despues completamente. Los juéves entre las ocho y las nueve de la mañana y los domingos despues de la inspeccion cuando el comandante de la escuela juzga que el tiempo es favorable, los discípulos vestidos con una blusa ó chaquetilla de lienzo y un pantalon de lo mismo, se embarcan la primera division en la chalupa del navío á estribor y la segunda repartida en dos escuadras, en dos grandes botes á babor; el oficial que manda la corbeta y uno de los cirujanos del navío toman asiento en la chalupa y luego las tres embarcaciones reman de firme para llegar á *la Licorne*.

DISCÍPULO MANDANDO LA MANIOBRA. N° 2.

A fin de que los discípulos adquieran desde luego el



I. *El Borda*. — Los discípulos saliendo del navío para ir á bordo de la corbeta de maniobras.

habito del mando, el comandante de la corbeta en vez de dirigir él mismo la maniobra del buque, entrega su bocina á un discípulo de la primera division, designado de modo que cada cual pueda tener su turno al ménos una vez mientras dure el año escolar. El oficial está constantemente al lado del discípulo para guiarle, y este último manda todas las maniobras que hay que hacer; le dejan obrar bajo su propia inspiracion en tanto que no hay necesidad de rectificar al instante los errores que comete inevitablemente un oficial de cuarto tan novicio todavía.

EJERCICIO DE CAÑON. — N° 3.

Quando los discípulos se han ejercitado bien en la maniobra del cañon no cargado á bordo del navío-escuela, durante el primer año escolar y en el tiro con bala en el segundo, en la batería-escuela del polígono de la marina, se principia entónces á ejercitarlos en el tiro en el mar. Con este objeto

se envia un botecillo viejo con un palo donde hay una bandera roja y se fondea á una distancia de la corbeta medida de antemano. La corbeta, que está al ancla, se halla acoderada. Hecho esto, un número de discípulos proporcionado al de los cañones de la cor-



II. *El Borda*. — Discípulo mandando la maniobra.



III. *El Borda*. — Ejercicio de cañon.

beta, principia el ejercicio de fuego dirigido contra el botecillo que sirve de blanco, el cual recibe siempre muchos balazos y se hunde á menudo ántes de concluirse el ejercicio. Terminado este, los discípulos enviados á bordo de la corbeta vuelven á bordo del na-



IV. *El Borda*. — Discípulo en vigía.

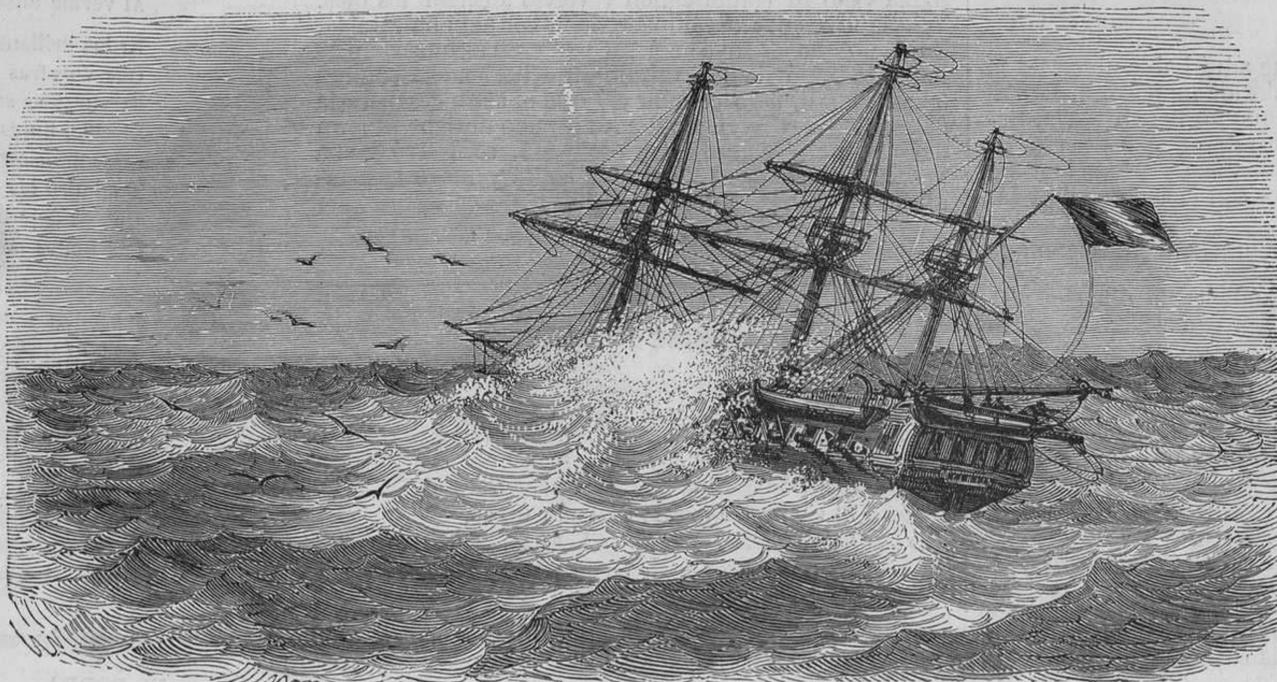
vío, y se toman las disposiciones necesarias para que les llegue á todos el turno.

DISCÍPULO EN VIGÍA. — N° 4.

Quando va marchando un buque se acostumbra á poner en los topes un hombre que pudiendo ver mas léjos que desde cubierta, avise la proximacion de otros buques ó advierta los peligros que podrian encontrarse sobre el camino que se sigue. El hombre colocado así está en vigía. A bordo de *la Licorne* llena estas funciones un discípulo.

LA CORBETA SUFRIENDO UNA VENTOLERA. — N° 5.

Aunque la corbeta solo navega cuando hace buen tiempo, suele suceder sin embargo, que tiene que sufrir ventoleras algo fuertes. En este caso, el comandante de *la Licorne* aprovecha la ocasion que se le ofrece para dar á los discípulos una idea de la maniobra que se usa en la mar en esos momentos. La corbeta solo se queda con las velas in-



V. *El Borda*. — La corbeta sufriendo una ventolera.

tamente bajo el impulso del mar y del viento. La corbeta se queda con ese velámen todo el tiempo necesario para que los discípulos puedan estudiarla en ese estado y luego se restablecen las velas convenientes y se marcha de nuevo.

LOS DISCÍPULOS ECHANDO UN BOTE Á LA MAR. — N° 6.

Los botes se colocan á bordo de los buques de dos maneras solamente distintas. Los mas ligeros se cuelgan por fuera á la extremidad de unas barras de hierro ó de madera salientes, y las embarcaciones mas pesadas, como la chalupa, se ponen en la parte del puente comprendida entre el palo mayor y el trinquete. Cuando se quiere arrojar á la mar un bote de los de fuera basta con detener al buque po-

niéndole al paio, con la banda opuesta al bote presentada al viento á fin de que el ligero esquife se halle naturalmente al abrigo durante la operacion. Hecho esto trabajan los aparejos de que cuelga la embarcacion y en

dispensables para presentar la punta de proa á la accion de las olas á fin de que los costados del buque recibiendo las olas oblicuamente corran al exterior sin penetrar á bordo; en esta situacion el buque cae á sotavento len-

breve descansa sobre el agua; los aparejos se sueltan con presteza y la maniobra se encuentra terminada. Cuando hace buen tiempo esta maniobra se ejecuta con una prontitud extrema, pero no sucede lo mismo en el caso de botar al agua una de las embarcaciones pesadas. Si se quiere desembarcar la chalupa, hay que descargarla lo mas posible quitándola todo lo que es movedizo. Durante este tiempo se disponen cuatro fuertes aparejos; dos de ellos se fijan en la cabeza de los palos bajos debajo de las cofas, y los otros dos al extremo de las vergas bajas del lado de babor. A proa y á popa de la chalupa se dispusieron durante su construccion dos fuertes barras de madera ó travesaños y en estos se enganchan los aparejos. Como las extremidades de las vergas bajas se han acercado de antemano, de tal suerte que la chalupa pueda pasar sin dificultad entre los obenques de los palos principales, se hace fuerza con los dos primeros aparejos, y la chalupa deja el lugar en que descansa y se eleva hasta la altura de los parapetos. Ahí la sostienen y al punto se trabaja con los se-

gundos aparejos que tienden á llevar la embarcacion hácia fuera: en cuanto su efecto es tal que comienzan estos á soportar como una mitad del peso de la chalupa, se trabaja con precaucion con los primeros aparejos;

la chalupa atraviesa el parapeto y en breve se halla suspendida sobre la mar. En este momento como todo su peso carga sobre las vergas, no hay mas que trabajar como en el primer caso hasta que la embarcacion se halla naturalmente sobre el agua. Con una tripulacion ejercitada bastan dos minutos para botar una embarcacion de las de fuera y diez para échar la chalupa. Los discípulos hacen á menudo los ejercicios que acabamos de describir, sobre todo mientras duran las vacaciones (division de primer año, del 15 de julio al 25 de setiembre).



VI. El Borda. — Los discípulos echando un bote al agua.

LOS DISCÍPULOS TOMANDO RIZOS. — N° 7.

Quando el viento sopla demasiado fuerte para que un buque pueda soportar todas sus velas, se suprimen primeramente las mas altas, y si esto no es bastante hay que disminuir la superficie que las gavias presentan al viento. Un rizo es una banda de lienzo cuya altura varia segun la especie del buque; pero en todo caso, cuando se ha tomado el último rizo, la superficie debe disminuirse una mitad. Para



VII. El Borda. — Los discípulos tomando un rizo.

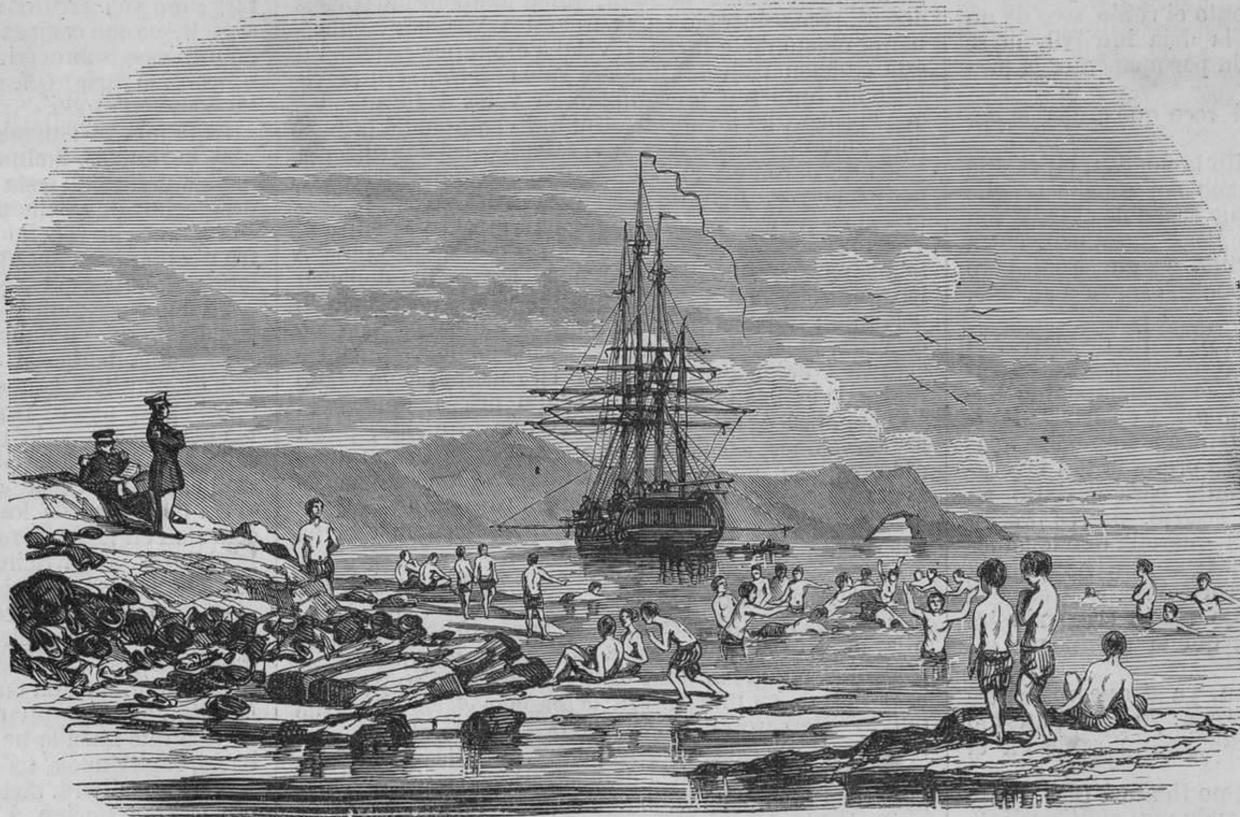


VIII. El Borda. — Los discípulos al cabrestante.

tomar un rizo se recogen las gavias poniendo al mismo tiempo sus vergas perpendiculares á la quilla del buque; luego sostenida la verga en esta situacion por medio de las maromas que la hacen mover en los sentidos horizontal y vertical, se tiran las cuerdas que levantan la gavia de lado; terminada esta primera operacion, se envian hombres sobre la verga en número suficiente para arrollar sobre la parte de delante la banda de lienzo que forma el rizo que hay que tomar. Los mas diestros de estos hombres amarran las cuerdas que fijan las puntas de la vela disminuida; los otros anudan las trenzas dispuestas en toda la anchura de la gavia en la posicion inferior de la banda de rizo. A bordo de la corbeta de maniobras, van los discípulos sobre la verga despues de haber dispuesto todas las cosas por sí mismos. Tomado el rizo se restablecen las gavias en la posicion que tenían ántes de la maniobra que acaba de ejecutarse.

LOS DISCÍPULOS AL CABRESTANTE. — N° 8.

Quando un buque tiene ciertas dimensiones, como sus anclas son muy pesadas para subirlas del fondo del mar á la superficie sin la ayuda de una máquina dotada de cierta fuerza, se hace uso en la marina de un ci-



IX. El Borda. — La escuela de natacion.

lindro de madera al que se da el nombre de cabrestante. Este cilindro se pone en movimiento con las palancas que lo atraviesan en la parte superior á la altura del pecho de un hombre. En los que se usan actualmente (cabrestantes Barbotin), el cable-cadena cuya extremidad va fija sobre el anillo del ancla, se arrolla en la parte inferior del cabrestante sobre una chapa de

cuelta. Para esto se preparan la chalupa y dos embarcaciones grandes provistas de la mitad de sus tripulaciones por ambos lados del navio.

Los discípulos se reúnen sobre el puente y se embarcan con ayudantes de vigilancia y un tambor; una division en la chalupa y la otra por escuadras en los botes. Un oficial y uno de los cirujanos se embarcan en el último

hierro en la cual hay surcos donde los anillos de la cadena se van colocando por sí mismos sucesivamente. Una vez aquí el cable-cadena si se hace dar vueltas al cabrestante en el sentido conveniente, la cadena trabaja, el buque tirado por ella viene á colocarse sobre su ancla, y si el esfuerzo se continúa con una energía conveniente, el ancla sale del fondo y sube hasta el agujero por donde pasan los cables. A bordo de la corbeta los discípulos disponen la cadena en torno del cabrestante y hacen dar vueltas á las palancas para alzar las anclas. (El cabrestante sirve tambien para levantar y bajar los masteles.)

LOS DISCÍPULOS EN LA ESCUELA DE NATACION. — N° 9.

Durante el buen tiempo, cuando la temperatura del aire se eleva á 15° Reaumur por lo ménos, los discípulos van á bañarse á la playa de Laninon, que está á poca distancia del navio-es-

bote con un cuarto ayudante y el enfermero que lleva el botiquín para los ahogados. Cuando los botes dirigidos hacia la playa tocaron a ella, los discípulos desembarcan al punto y se quitan sus vestidos que reemplazan con un calzon de baño. El oficial y los ayudantes de los botes que llevaron a los discípulos se colocan de cierto modo para impedir que nadie pueda separarse ni perder de vista la playa sobre la cual permanecen constantemente; el cirujano se halla dispuesto a prestar socorros a todo el que los necesita con la ayuda del enfermero que desembarca su botiquín. Por último, los botes después de haber dejado en tierra a los discípulos forman a poca diferencia de la orilla y bajo las órdenes del ayudante que iba en la embarcación del oficial, un cordón que no puede pasarse. Además, estos mismos botes se hallan también dispuestos a marchar donde hagan falta. Los discípulos en cuanto se desnudan se arrojan al agua y los maestros de natación que vinieron en sus embarcaciones, se ponen en medio de ellos para ayudarles en sus ensayos de natación ó para socorrerlos si el caso lo exige. Veinte minutos después del momento en que los discípulos entraron en el agua, un redoble de tambor les manda salir de ella, y pasados otros diez minutos la misma señal ordena que todo el mundo debe embarcarse para volver a bordo del navío.

Cuando los discípulos se hallan en la playa de Laninon, esta ensenada presenta un espectáculo muy animado, porque por todas partes acuden allí mujeres y niños con cestas llenas de flores, de pasteles y de frutas. Los discípulos antes de embarcarse de nuevo compran una gran parte de estos objetos; esta venta es una verdadera industria para los habitantes de la aldea de Laninon y casi todos ellos la practican.

## EL MONTERO.

NOVELA DOMINICANA.

(Conclusion.)

### XI.

Acababa Feliciano de colgar en la cocina el último trozo cuando el capitán seguido de alguna gente entraba en el bohío y saludaba a sus habitantes; mientras María le indicaba por donde había visto al prófugo y que el capitán hacia conjeturas para poder guiarse, Feliciano se lavaba las manos y se apretaba el cinto de su sable para acompañarlo. Las mujeres los dejaron ir, y cuando volvieron a la cocina repararon en que no había plátanos para la comida de los monteros ni quien por ellos fuera, pues el hermano de María que siempre la acompañaba en este oficio, halagado por un suceso semejante y con la curiosidad de los muchachos, había sin ella saberlo precedido a los monteros. Aventurarse al counco, a pesar de un socorro probable, atemorizaba a María, que la idea de Juan cerca de su persona trastornaba la cabeza. Fuerza le era, sin embargo, de ir a buscarlos so pena de no tener comida a la vuelta de la gente. María se decidió, tomó de la mano su otro hermanito de siete años, cogió un machete de trabajo para cortar el racimo, y se internó en la senda que llevaba al counco. Mil temores la asediaban; el ruido de los árboles, mecidas sus ramas por la fresca brisa del mar, la hacía estremecer; por de pronto el ruido seco de un objeto pesado que cae al suelo la deja inmóvil, no se atreve a volver la cara y aguarda por momentos la presencia del hombre que teme.

— María, déjame coger aquel coco que acaba de go-tear.

Estas palabras de su hermanito la vuelven en sí y la hacen cobrar valor, coge la mano del muchacho que contento vuelve con la fruta que acaba de caer, y con apresurados y temerosos pasos llega al counco, entra en el platanal y derriba un racimo ya en sazón, pero una voz bronca, una voz bien conocida suena a su oído, Juan se le acerca y le dice:

— ¿Habeis creído, María, que yo podía olvidarte? Si así lo has pensado ha sido un error tuyo. La desagradable muerte de tu padre y otros contratiempos me habian imposibilitado de acercarme a tí y decírtelo; también esperaba que el amor que tenias a Manuel se apaciguase, pero ya que la ocasión se presenta tan favorable y que el tiempo no es bastante para gastarlo en prosa, tengo extremo gusto en decirte, que es preciso que hoy decidamos aquella larga querrela que tenemos pendiente desde habrá cinco años; en fin, hoy, ahora mismo, se sabrá si yo he de poseerte ó no.

— Sea posible, Dios mio, dijo María cruzando las manos en actitud de plegaria, que el asesino de mi padre...

— Detente, María, replicó Juan, ya sé que vas a soltar la tarabilla y a decir mil bobas; yo no fui asesino de Tomás; reñimos, ambos teniamos un sable en el combate.

— Váyase Vd., Juan, váyase, no tiene a Dios.

— ¡Irme, irme! ¿Juzgas que ando aun aquí por solo el placer de andar? No. Antes de anoche no fui al bohío porque hasta ayer no supe que Manuel estaba ausente; anoche si Feliciano no hubiera dormido en él hubiera sucedido lo que quiero ahora suceda.

— ¡Socorro, Dios mio! dijo la jóven sintiéndose agarrar, luego cobrando fuerzas en su misma flaqueza por una enérgica resolución:

— No, no, dijo, antes me mataréis como habeis matado a mi padre.

— Ahora lo veremos, dijo Juan.

Y una lucha, desesperada por parte de María y espantosa por parte de Juan, se trabó entre los dos.

### XII.

El capitán y su gente entrando en la selva, habian dado algunos pasos en ella, cuando Feliciano deteniéndolos dijo al primero:

— Capitán, el marchar apetonados se me figura no dará otro resultado que tener menos probabilidades de coger a Juan, hombres cual este ven de muy lejos y tienen el oído fino; por consiguiente sería mejor que nos separemos en cuatro escuadras, rodeemos el monte y entremos por cuatro puntos diferentes a reunirnos en el centro.

— Caramba, contestó el capitán, Vd. parece que ha hecho la guerra, Feliciano, puesto que me da un consejo de ataque tan combinado.

— Perdón, dijo con aire suficiente Feliciano, en el año 1809, cuando el sitio de Santo Domingo, me hallé en el ataque de San Gerónimo bajo las órdenes del capitán Sandoval, oficial valiente a fé mia, que en medio del fuego se terciaba el sombrero con aire sandunguero, buen tiempo era ese, y aunque los franceses nos caldearon un poco, siempre se logró nuestro intento.

— Y ahí fué que Vd. aprendió sus planes de ataque, dijo un montero.

— No fué ahí ni en parte, contestó Feliciano; yo he dado una opinion, ahora si es mala, haced lo que mejor os parezca.

— No es mala, caramba, dijo el capitán, y voy a ponerla en práctica. Tú, Cortorreal coge la playa con cuatro hombres y entra por Caño Colorado. Vd., teniente Pacheco, coja con tres por el Sur, llegue hasta la Madre Vieja del Helechal y revuelva por el interior. Vd., Feliciano, quédese aquí con cuatro hombres, hasta que yo dé vuelta al counco y entonces diríjase al centro. Nos encontraremos al pié de las dos matas de coco que están en medio del monte.

Dicho esto se separaron cada uno por el lugar indicado.

— Volvamos ahora al counco.

El hermanito de María, espectador de las angustias de su hermana, creyendo que Juan pretendia matarla, corrió dando gritos en direccion al bohío; dábale el miedo alas y en un instante se halló fuera de la cerca y en la senda que conducia a la casa.

— ¿Qué te han hecho, muchacho? le gritó el capitán que a la sazón atravesaba del bosque con la parte de gente que se habia reservado para hacer lo proyectado; vén acá y dime porque lloras.

— A María la está matando un hombre en el platanal, contestó el muchacho sollozando.

— Apuesto que es ese demonio de Juan, dijo un montero; capitán a él, al platanal.

Y sacando sus sables, corrieron al lugar indicado por el muchacho.

Era tiempo que este socorro llegase, porque María en la agonía de sus fuerzas, el cabello suelto y aporreada, solo oponia al brutal ataque de Juan la última resistencia de la desesperacion aniquilada. El estrépito de la carrera de los monteros, el rompedero de las hojas de plátanos que en la precipitacion no evitaban, habia pasado inapercibido de Juan, quien aguijoneado por los deseos, reconcentrado en su frenesí y viéndose al obtener el objeto de la lucha, olvidaba el mundo entero. En esta posicion fácil les hubiera sido cogerlo, si al percibirlo no hubiesen prorumpido en votos y juramentos que la cólera les arrancaba. Entonces emprendió la fuga perseguido por todos a la vez, salvaron las empalizadas y se internaron en el bosque. Cual un jabalí acosado por los perros, Juan dirigia su torva mirada a la distancia cada vez mas larga que ponía su carrera entre él y sus perseguidores, las dificultades del terreno mucho lo favorecian, y hombre que teme ser cogido dobla su natural velocidad y lleva mucha ventaja a quien lo persigue: muchas veces los monteros lo habian perdido de vista, y Juan esperaba escapar, cuando se sintió agarrar y detener en medio de su carrera por la mano fuerte de Feliciano. Tal un caballo brioso, lanzado al galope, obedece a la diestra mano que lo dirige, plega los corvejones, sacude el freno y se para, así Juan detenido por la vigorosa mano que inopinadamente lo agarra, se encorva por su impulso, se echa hacia atrás y saca su sable, pero un furioso machetazo le derriba sin vida.

— Tal habia de ser el fin de este pecador, dijo Feliciano a Manuel que acababa de hacer este golpe, mató él a Tomás sin merecerlo, y debia ser el marido de su hija, el protector de su vida, que debia matarlo.

Manuel habia ido como dijimos a ver a su padre, pero la noticia de su muerte era demasiado cierta; la tarde que lo enterraron llegó, y pasó dos dias llorando y consolando a su desconsolada madre. Mas dias la hubiera acompañado si la noticia de la evasión de Juan no llegara a su oído por medio del capitán de ese partido a quien habia sido pasada la circular concerniente al caso y que en su visita de pésame la contó. Saberlo y montar a caballo todo fué uno; prometió a su madre volver pronto, y llegó al bohío a tiempo que María estaba en el counco.

Teresa le contó la batida que hacia el capitán, y el intrépido jóven no quiso permanecer en casa y se puso en campaña. Dió la casualidad de topar con Feliciano y su gente en el mismo instante en que Juan todo azorado por la persecucion caia en este grupo y era agarrado

por Feliciano, entonces al verlo sacar el sable no pudo contenerse, sacó el suyo y sucedió lo que ya dijimos.

Los monteros convencidos que fueron de la muerte de Juan, cortaron cuatro gruesas ramas, y aguzando sus puntas en guisa de coas, cavaron una sepultura para enterrarlo, luego se encaminaron al bohío donde encontraron a María no bien repuesta del susto, y que cayó en los brazos de su esposo, con el sentimiento que debe experimentar el naufrago que arriba a una playa conocida, después de la borrasca en que ha estado a pique de perder la vida.

PEDRO FRANCISCO BONNEAU.

## CAUSA DEL COLLAR DE LA REINA MARIA ANTONIETA.

La célebre causa en que vamos a ocuparnos no puede ménos de excitar interés y de exigir que la consagremos un breve espacio en nuestras columnas. Ella fué quizá uno de los muchos motivos que influyeron en que la desgraciada esposa de Luis XVI perdiese el afecto del pueblo, porque aunque se descubrió la falsedad de los que pérfidamente intervinieron en esta intriga, la calumnia se cebó con placer en su reputacion; como se ceba malhadadamente siempre que se presenta la ocasion de ultrajar a personas de cierto rango.

Desde el advenimiento de Luis XVI al trono observamos una serie de desgracias que terminaron en la horrible catástrofe de que fué espectadora la ciudad de Paris la mañana del dia 21 de enero de 1793. Siempre es útil a los que se dedican al estudio del derecho el ver los medios por los que la Providencia disipa los rumores criminales con que la maledicencia ataca la honra de personajes elevados; pero en los tiempos presentes conviene mucho mas no olvidar las enseñanzas de la historia.

Vamos, pues, a ocuparnos, siquiera sea brevemente, de este período de la Francia.

En 1774 la reina María Antonieta habia comprado a un diamantista llamado Boehmer unas guirnaldas por valor de 360,000 francos, que pagó de los fondos de su asignacion, habiendo verificado este pago paulatinamente. Después el rey le regaló un aderezo completo de rubíes y diamantes blancos; y mas adelante un par de brazaletes que importaron 200,000 francos. Desde entonces la Reina manifestó que consideraba su guarda joyas bastante rico; sin embargo, Boehmer, que hacia muchos años se ocupaba en reunir un surtido de los mas hermosos diamantes que circulaban en el comercio, los ofreció a la Reina en un collar valuado en un millon seiscientos mil francos; pero SS. MM. le respondieron « que tenian mas necesidad de un buque que de una alhaja; » cuya contestacion aludia a la guerra que sostenia la Francia con Inglaterra.

Sin embargo de esta repulsa, Boehmer insistió de nuevo; no economizó intrigas, y consiguió llegar hasta la Reina, a cuyos piés se arrojó derramando lágrimas y exclamando en tan humilde postura:

— Señora, un grave conflicto me pone a vuestros piés; me veo arruinado y próximo a perder mi honra si S. M. no me compra este collar: imposible me será en otro caso sobrevivir a tantas desgracias, y de aquí mismo me dirigiré a poner término a mi vida precipitándome en el rio.

La Reina, revistiéndose de severidad, le dijo:

— Levantaos, Boehmer; merece mi desagrado que os hayais permitido esta escena de desesperacion en mi presencia: no solamente no os he encargado ese collar, sino que os he repetido que no aumentaria ni aun cuatro diamantes a los que poseo. Evitad en lo sucesivo lances de esta especie y salid de aquí.

Boehmer se retiró desesperado, y durante mucho tiempo no se oyó hablar mas de él.

La Reina tenia ya olvidadas las extravagancias de este diamantista, cuando un dia se le presentó con semblante muy alegre para entregarle una alhaja que habia compuesto, y la puso en manos de S. M. cuando salia para oír misa, con una carta en forma de memorial, en la que decía « que se consideraba dichoso de verla poseedora de los mas hermosos diamantes que se conocian en Europa, rogándole al mismo tiempo que no le olvidase. » La Reina le tuvo por loco y quemó la carta diciendo:

— Esto no merece conservarse.

El 3 de agosto se dirigió Boehmer a Versalles muy inquieto por no haber tenido respuesta de la Reina, y se presentó a madama Campan, preguntándole si aquella le habia dado algun encargo para él, a lo cual le respondió que nada le habia dado ni tenia nada que mandarle, repitiéndole todo lo que la misma señora le previno que le dijera. Boehmer indicó que lo que esperaba era la contestacion a la carta que habia escrito a la Reina, preguntando con interés a quien debia dirigirse para obtenerla.

Madama Campan contestó que a nadie, porque S. M. habia quemado el billete sin comprender siquiera lo que queria decir. Entonces exclamó Boehmer:

— No es posible, señora: la Reina sabe que tiene que darme dinero.

— ¿Dinero, señor Boehmer? Hace mucho tiempo que hemos pagado vuestra cuenta.

— Señora, no estais en la confidencia. No se le ha pa-

gado á un hombre á quien se arruina no pagándole cuando se le deben más de 1.500.000 francos.

— Habéis perdido la cabeza, contestó madama Campan; ¿porqué cosa os puede deber la Reina una suma tan considerable?

— Por un collar, señora, la respondió, friamente Böhmer.

— ¡Cómo, replicó la Campan, todavía habláis de ese collar, por el que habéis atormentado inútilmente á la Reina por espacio de tantos años! ¿Pero no dijisteis que lo habéis vendido para Constantinopla?

— La Reina es la que me encargó que diese esta respuesta á los que me hablasen del particular, contestó Böhmer; añadiendo que la Reina quería á todo trance el collar, y que lo había hecho comprar por medio del cardenal de Rohan.

Entonces exclamó con viveza madama Campan:

— Habéis sido engañado, la Reina no ha dirigido una sola palabra al cardenal despues de su regreso de Oriente: no hay hombre que tenga menos favor que él.

— Quien está equivocada sois vos, contestó Böhmer: tan cierto es que su eminencia la visita, como que aquella le dió 30.000 francos que me se han entregado, y que la señora tomó á su presencia de la mesita de escribir de porcelana de Sevres, que tiene cerca de la chimenea de su gabinete.

— ¿El cardenal os lo dijo?

— Sí, señora, él mismo.

— ¡Qué intriga tan detestable! exclamó madama Campan.

— En verdad, señora, dijo Böhmer, comienzo á inquietarme, porque su eminencia me había asegurado que la Reina se pondría el collar el día de Pentecostes, y no se lo he visto; y esto es lo que me ha decidido á escribir á S. M.

Madama Campan le aconsejó que viese al baron de Breteuil, ministro de la corte: pero Böhmer solamente vió al cardenal, y no se ocupó sino de hostigar á la Reina para que le concediese una audiencia, á lo que contestaba esta señora negándose y diciendo:

— Nada tiene que decirme: está loco.

Dos ó tres días despues, la Reina escribió á madama Campan que fuese á Trianon, y llegado que hubo aquella, le habló de varios asuntos poco importantes. La Campan buscaba una oportunidad para hablarle del collar, y por último S. M. le dijo:

— ¡Sabéis que ese imbécil de Böhmer vino á pedirme una audiencia diciendo que no se lo habíais aconsejado! Me negué á recibirlo. Pero ¿qué es lo que quiere? ¿Lo sabes tú?

Entonces madama Campan le refirió cuanto este hombre le había dicho, y S. M. le hizo repetir muchas veces la conversacion habida con él. No acertaba á comprender cómo el cardenal se hallaba mezclado en este asunto, y su imaginacion se perdía al reflexionarlo: entonces envió á buscar inmediatamente al abate Vermond y al baron de Breteuil. Böhmer no había dicho una palabra de madama Lamothe, y el cardenal fué quien por primera vez pronunció este nombre en el interrogatorio que sufrió á presencia del Rey, lo que ocurrió de la manera siguiente:

El 13 de agosto, á la sazón en que el cardenal se hallaba revestido de sus ornamentos pontificales, fué llamado á eso del medio día al gabinete del Rey, en el cual se hallaba tambien la Reina. El Rey le preguntó si había comprado diamantes á Böhmer y contestó que sí. Le preguntó asimismo qué había hecho de ellos, y respondió que creía se habían entregado á la Reina. Quién le había dado esa comision: á lo que expresó que una señora llamada la condesa de Lamothe Valois, que le había presentado una carta de la Reina, y que había creído que hacía un obsequio á S. M. encargándose de esta comision. Entonces la Reina le interrumpió diciéndole:

— ¿Cómo habéis podido creer vos, á quien yo no he dirigido la palabra durante ocho años, que os eligiese para manejar semejante negociacion y menos por conducto de una mujer de tal especie?

— Conozco, dijo el cardenal, que he sido cruelmente engañado: pagaré el collar: el anhelo que tenía por complacer á S. M. me ha fascinado sus ojos; no he visto ninguna superchería y lo siento.

Dicho esto sacó del bolsillo una cartera en la que estaba la carta de la Reina á madama Lamothe dándole esta comision.

El Rey la tomó y mostrándola al cardenal:

— No es esta, le dijo, ni la letra ni la firma de la Reina. ¿Cómo un príncipe de la casa de Rohan y un gran limosnero ha podido creerse que la Reina firmaba María Antonieta de Francia? Nadie ignora que las Reinas solo firman con su nombre de bautismo. Además, continuó el Rey presentando al cardenal una copia de la carta que dirigió á Böhmer, ¿habéis escrito una carta igual á esta?

El cardenal, despues de haberla reconocido, contestó:

— No me acuerdo haberla escrito.

— ¿Y si os enseñasen la original firmada por vos?

— Si la carta está firmada por mí, es verdadera.

— Explicadme, pues, continuó el Rey, ese enigma: no deseo hallaros culpable: quiero, por el contrario, vuestra justificacion. Explicadme todos estos pasos con Böhmer, esas seguridades y esos billetes.

El cardenal se quedaba pálido visiblemente, y apoyándose en la mesa, dijo:

— Señor, estoy muy turbado para poder responder á V. M. de una manera...

— Tranquilizaos, dijo el Rey; pasad á mi gabinete;

allí encontraréis papel, plumas y tinta: escribid lo que tengais que decirme.

El cardenal pasó al gabinete del Rey y volvió trascurrido un cuarto de hora con un escrito tan poco claro como lo habían sido sus respuestas verbales. Entonces el Rey le dijo:

— Retiraos.

El cardenal fué detenido y conducido á su palacio, y de allí á la Bastilla.

Estos pasos fueron los primeros del procedimiento. Despues se averiguó que una intrigante, la condesa de Lamothe era la que todo lo había urdido; la que engañó al cardenal y al diamantista, fingió la firma de la Reina, y discurrió un encuentro entre la Reina y el cardenal por la noche en los jardines de Versalles, en los que una jóven llamada Oliva, que se asemejaba extraordinariamente á María Antonieta, se dejó ver un instante y desapareció en los bosquecillos. El cardenal quedó engañado con esta semejanza, como lo fué en todo lo demás.

La hermana política del Rey había sido la protectora de madama Lamothe, que se decía descendiente de la casa de Volois, cuya proteccion se limitó á hacerla conceder una corta pensión de 1.200 á 1.500 francos. Su hermano había sido colocado en la marina nacional, en la que el marqués de Chabert, al que había sido recomendado, no pudo hacer nunca de él un oficial estimable.

La Reina procuró en vano recordar las facciones de esta mujer, de la que había oído hablar con frecuencia como de una intrigante que iba por lo comun los domingos á la galería de Versalles, en la cual, como en el parque, era admitido, en público; y cuando el proceso del cardenal ocupaba la atencion de toda la Francia, se puso en venta el retrato de la condesa, y la Reina encargó que se le comprase para ver si recordaba á la persona que debía haber visto en la galería.

No solo la Reina, sino que tampoco ninguno de los que se le aproximaban había tenido nunca la menor relacion con esta intrigante, y en el proceso esta mujer no pudo indicar sino á un tal Duclós, mozo de la cámara de la Reina, á quien pretendía haber entregado el collar de Böhmer. Este Duclós era un hombre de bien, y del careo que tuvo con la Lamothe, resultó que no la había visto mas que una vez en casa de la mujer de un cirujano-partero de Versalles, que era la única persona á cuya casa iba en la corte, y que no le había entregado el collar.

Madama Lamothe se había casado con un simple guardia de Corps de Monsieur (el hermano del Rey); vivía en Versalles en una muy mediana posada llamada la *Belle-Image*; y no puede concebirse cómo una persona tan oscura consiguió pasar por amiga de la Reina, que á pesar de su extremada bondad no concedía audiencia sino raras veces y aun entonces á personas tituladas.

En el proceso resultó probado:

1º Que el cardenal se persuadió de que compraba el collar para la Reina.

2º Que la autorizacion firmada con las palabras *María Antonieta de Francia* estaba escrita de mano de Vilette á instigacion de la Lamothe.

3º Que el collar se había entregado á la última para ponerlo en manos de la Reina.

4º Que su marido lo había llevado en pedazos á Londres, y que había vendido por su cuenta las piedras mas preciosas.

La celebridad de un proceso en que estaba interesado el honor de la Reina, en que el Rey era el acusador, en que comparecía un gran limosnero, príncipe, obispo, soberano y cardenal, como iniciado del crimen de lesa majestad, había multiplicado considerablemente el número de los jueces, y todos los consejeros honorarios y relatores que tenían derecho de tomar asiento en la gran Cámara se presentaron en ella. Las sesiones fueron muchas y largas. Fué necesario leer todas las actuaciones; y despues de concluida la relacion, fué necesario tambien, segun la costumbre, oír en la barra á aquellos contra quienes se había dictado auto de prision. Se hizo comparecer sucesivamente á la señorita Oliva, al conde Cagliostro, á Vilette y á la señora Lamothe, dejando para el último al cardenal.

La señorita Oliva confesó ingenuamente la debilidad que había tenido en ceder á las instancias de madama Lamothe para intervenir en la escena del bosquecillo, creyendo, como se le decía, que era para divertir á la Reina. Cagliostro sostuvo que era extraño á todo. Vilette confesó que la firma *María Antonieta de Francia* era de su puño, esto es, contrahecha por él.

Madama Lamothe compareció delante de sus jueces con un desoco y una osadía que no pudo menos de indignarlos: no confesó cosa alguna, ántes bien negó los hechos mas justificados. El cardenal reuniendo todas las fuerzas de su espíritu á la energia de su alma para una sesion tan decisiva, se presentó en la actitud de un hombre profundamente afectado, pero tranquilo en medio de sus penas: su continente revelaba una mezcla interesante de respeto, de modestia y de dignidad: estaba de pié junto á la barra; la palidez de su rostro anunciaba las consecuencias de su enfermedad, que había hecho concebir inquietudes por su vida. El primer presidente le invitó á que se sentase y no accedió hasta la tercera intimacion.

— Fuí completamente fascinado, exclamó, por el inmenso deseo que tenía de reconquistar la benevolencia de la Reina.

A pesar de esta conmovedora escena, el procurador general pidió contra el cardenal la pena infamante de

la marca. Los dos relatores que votaron primero, adoptaron por completo la peticion: la siguieron catorce consejeros. El presidente D'Ormesson propuso no despojar al cardenal de sus dignidades, aunque sí obligarle á pedir perdon á la Reina: ocho consejeros fueron de este dictamen. El consejero Fretcan, y despues de él Roberto de San Vincent, opinaron enérgicamente por la absolucion del cardenal, y arrastraron la mayoría del Parlamento.

Por fin el 31 de mayo de 1786, despues de la última sesion que duró diez y ocho horas, se pronunció el fallo solemne que absolvía al cardenal de la acusacion intentada contra él, condenando á la señora Lamothe á sufrir en los dos hombros la marca con un hierro candente de la letra V., (inicial de *voleuse* en francés, *ladrona* en español), á ser rapada por la mano del verdugo, y á sufrir encierro por toda su vida en la Salpêtriere. Vilette fué condenado á destierro perpetuo. Cagliostro extrañado y la señorita Oliva absuelta.

Cuando se leyó á la Lamothe su sentencia, entró en un acceso de rabia que sin duda la hizo delirar, se desencañó contra la Reina y el baron de Breteuil, pronunció sus nombres con imputaciones tan atroces y con tales imprecaciones, que obligaron al juez que presidía la ejecucion á hacerle poner una mordaza. Terminada la ejecucion fué conducida á la Salpêtriere, en donde rasurada y en traje de penitencia, fué encerrada en una casamata aislada, sin otra comunicacion que la de las personas encargadas de alimentarla y de reprimir con castigos-harto frecuentes el torrente desbordado de su lengua venenosa.

Se sabe que madama Lamothe fué conducida despues al hospital de Gingamp, que se escapó y que fué á reunirse con su marido en Londres.

Tan luego como madama Campan tuvo conocimiento de la sentencia del cardenal, fué á ver (segun refiere en sus memorias) á la Reina, que estaba muy conmovida, y que con voz entrecortada le dijo:

— Dadme el pésame: é la intrigante que ha querido perderme ó procurarse dinero abusando de mi nombre y de mi fama acaba de ser absuelto.

Y añadió con vehemencia:

— Como francesa recibid tambien igual cumplido de pésame. Harto desgraciado es un pueblo que tiene por tribunal un conjunto de personas que no consultan mas que sus pasiones.

En aquellos momentos entró el Rey, quiso retirarse madama Campan, y el Rey le dijo:

— Quedaos: vos sois del número de las que participan del dolor de su señora.

Se acercó á la Reina, y cogiéndole la mano añadió:

— Este negocio ha sido juzgado malamente: el hecho se explica sin embargo con facilidad. El Parlamento no ha visto en el cardenal mas que un jefe de la Iglesia, un príncipe de Rohan, el próximo pariente de uno en la sangre, y hubiera debido ver en él un hombre indigno de su carácter eclesiástico, disipado, degradado por sus malas relaciones, y que, despreciando todos los dones que ha recibido del cielo, solo se ocupa en labrar su propia ruina.

Pedro Laurencel, sustituto del procurador general, hizo llegar á la Reina una lista que comprendía los nombres de los miembros de la gran Cámara, con indicacion de los medios de que se habían servido los amigos del cardenal para ganar sus votos durante el curso del proceso. « Recuerdo, dice madama Campan, que las mujeres hacían un papel muy triste para las costumbres. Por ellas y en razon de sumas considerables que las mismas recibieron, es como las mas antiguas y respetables capacidades del Parlamento fueron seducidas.»

Estas noticias relativas al célebre proceso que nos ocupa, se han hecho mas interesantes despues que ha publicado Dumas la novela *El Collar de la Reina*. Así se podrá conocer lo que tiene de histórico esa produccion, que muchos de nuestros lectores conocen sin duda, pues el *Correo de Ultramar* la cuenta en el número de sus publicaciones.

MARIANO NOGUÉS SECALL.

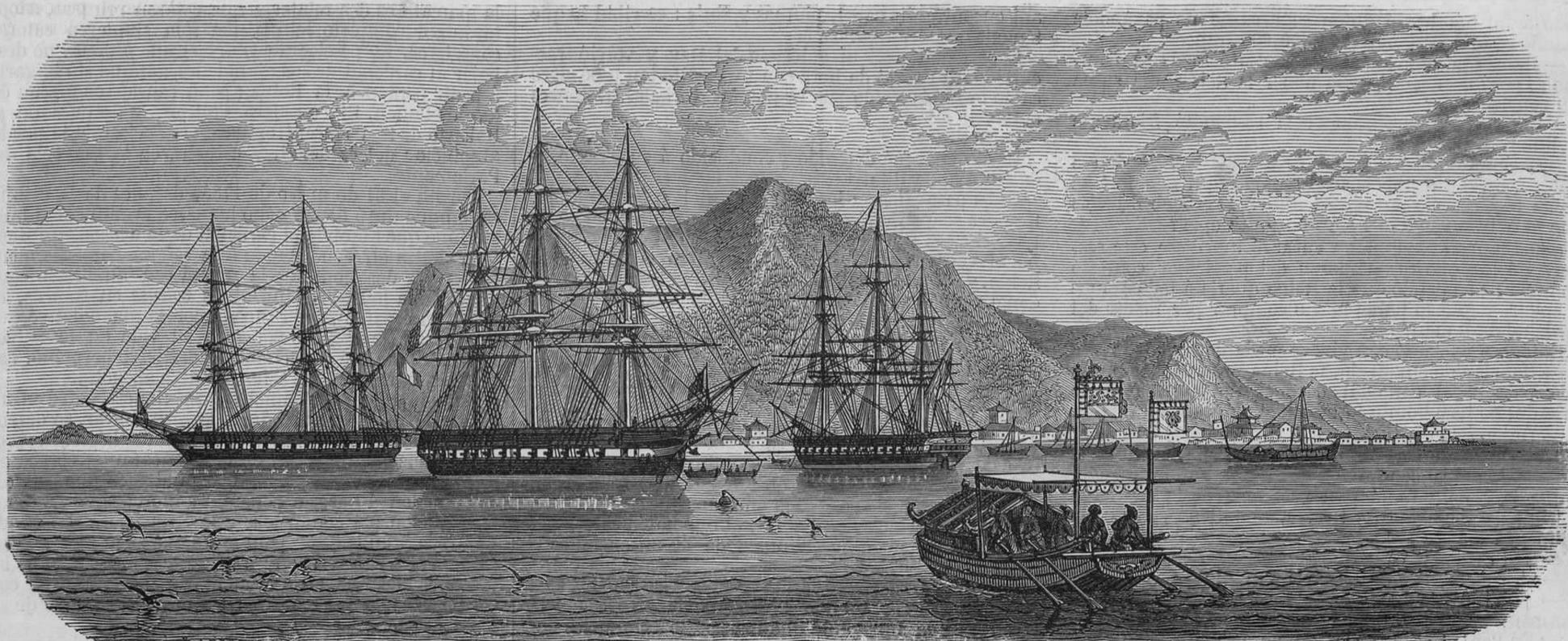
### Expedicion francesa á la Indo-China.

Tenemos á la vista la carta siguiente que acompañaba á los dibujos que publicamos con la esperanza de interesar á nuestros lectores. Los corresponsales franceses prometen otras comunicaciones sobre los países curiosos que visitan, las cuales tendrán cabida en su día en las columnas de nuestro periódico.

La *Virginie* á cuyo bordo se hallan estos corresponsales, salió de Brest el 15 de enero de 1855 para ir á reemplazar á la *Jeanne-d'Arc* mandada por el contra-almirante Laguerre. Esta *Jeanne-d'Arc*, digna de su ilustre homónimo, ha dejado recuerdos en esos países lejanos que seguramente realzarán el nombre francés á los ojos de las poblaciones chinas.

El 6 de enero tuvo lugar delante de la poblacion de Shangai el hecho de armas en que tomaron parte las compañías de desembarco de la *Jeanne-d'Arc* y del *Golbert*, desde las seis hasta las once de la mañana. Una lucha muy seria se empeñó entre los franceses y los insurrectos.

Los marinos franceses en número de doscientos cincuenta y apoyados por los dos buques de guerra, hicieron frente con ventaja á tres mil chinos aguerridos por los combates diarios que sostienen, y dirigidos por unos cien extranjeros, la escoria de todas las naciones. Su



Expedicion francesa a la Indo-China, — Barca del gobernador de Hakodadi, dirigiéndose á bordo de la fragata *la Virginie*.

pérdida se calcula en mas de trescientos hombres. Todos los cañones que guarnecian las trincheras quedaron fuera de servicio. Por eso el espanto de los insurrectos fué muy grande á la vista de la bandera francesa. — Hemos querido recordar este combate conocido ya, á fin de rendir otro homenaje mas á esos valerosos marinos que á seis mil leguas de su patria, defienden con tanto brio el pabellon francés donde quiera que es necesario. Pero esa manifestacion dió por efecto no solo el temor, sino el respeto. Cuando el almirante Laguerre fué despues á rendir los últimos deberes á los desgraciados oficiales y marinos que habian sucumbido con honor, ningun insular se atrevió á dar una muestra de desaprobacion cuando pasó el cortejo; por el contrario, todos se inclinaban



El primer secretario del gobernador transmitiendo sus órdenes á un oficial japonés, á bordo de *la Virginie*.

admirando la bizarria del marino francés y reconociendo su humanidad. Tales son las tradiciones tan recientes que *la Virginie* está llamada á continuar.

Hé aquí ahora la carta del corresponsal francés, citada á la cabeza de estas líneas:

Fondeadero, fuera del Yang-Tsé-Kiang, 18 de octubre de 1855.

« Si fuésemos bastante dichosos para no habernos engañado en nuestras previsiones, tengan Vds. la bondad de decirnos si quieren que repitamos estos envíos cuantas veces se presente ocasion para ello miéntras dure nuestra campaña, pero advertimos que estas ocasiones se presentarán á menudo en la China, en el Japon y la Tartaria.

» Despues de una rápida travesia de seis meses llegamos á Hakodadi á la extremidad de los mares del



Pagoda de Buddha en Hakodadi. Vista tomada del Cementerio.



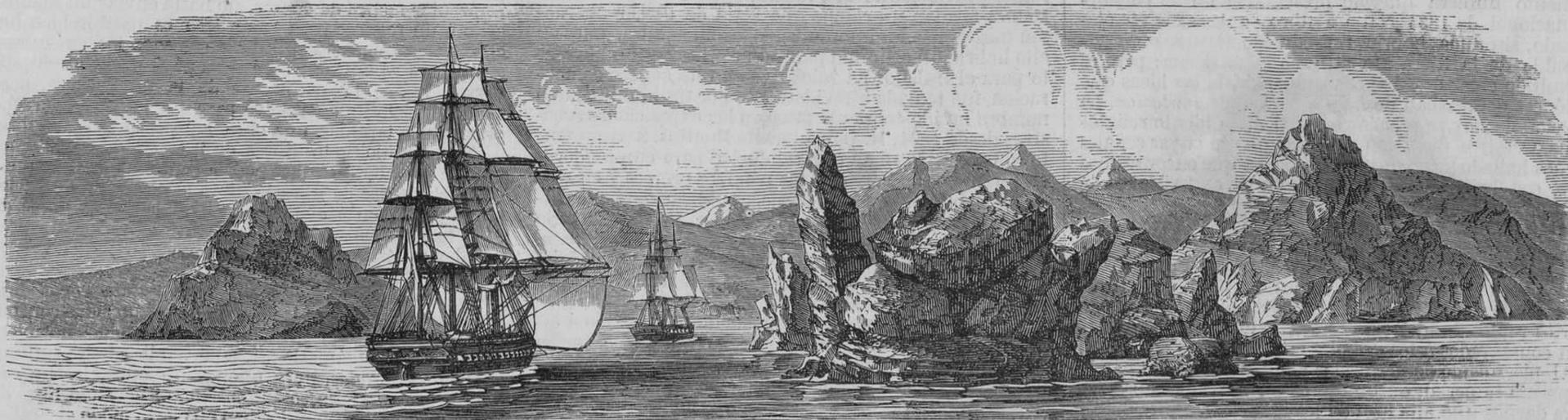
Entrada de la pagoda de Buddha.

Japon, y recorrimos sucesivamente en persecucion de los rusos las costas de ese imperio y las de la Tartaria enteramente inexploradas desde el 44° grado de latitud Norte hasta la magnífica bahía que lleva el nombre del Emperador. Si los buques rusos pudieron escapar á nuestra persecucion, al ménos esta campaña en que nuestro almirante ha desplegado una actividad maravillosa, una perseverante energía, donde la tripulacion ha mostrado un ardor que no pudieron enfriar diez meses de mar consecutivos, no habrá dejado de tener su influencia para los fines que nos han traído tan léjos, no diré de la Francia, sino del Báltico y de Sebastopol. Los rusos no tienen ya otro refugio que el *Amour*, y á pesar de los hielos, las brumas, las

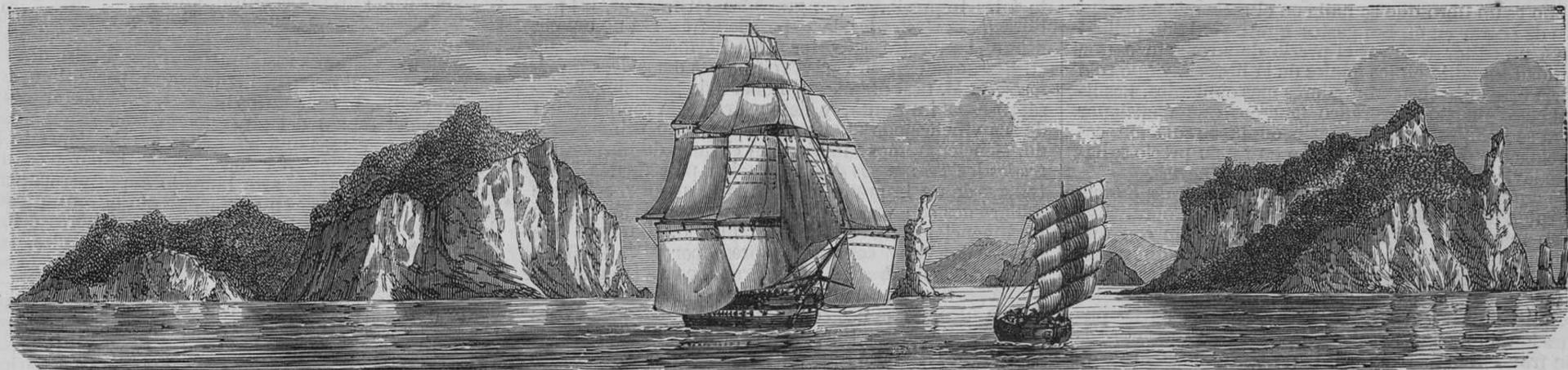


Habitantes del puertecillo Chosan, Costa Este de Corea.

corrientes y los bancos que protegen su division y su rio, nos prometemos saludarlos de cerca en nuestra próxima campaña. Por otra parte, nuestro reconocimiento hidrográfico de la Tartaria ha venido á completar con los nombres de archipiélago Eugenia, estrecho Hamelin, etc., etc., la lista de los nombres franceses dados en otro tiempo por Laperouse, el primer navegante que dió á conocer estos mares. Después del comodoro Perry, el almirante ruso Potiatin y el almirante inglés Stirling firmaron tratados en nombre de su gobierno con el del Seongun. Se habla de un embajador francés que debe llegar á Hong-Kong, y que trasportaremos á bordo de nuestra fragata hasta Yedo. A juzgar por la benevolencia de los japones, por



Entrada de la fragata *la Virginie* en el puertecillo Chosan (Corea.)



Islas del archipiélago *Eugenia*. Costas orientales de la Tartaria.

su condescendencia relativa con respecto á nosotros, la tarea de nuestro plenipotenciario, no será escabrosa. En Hakodadi nuestros enfermos, ó mejor dicho los de *la Sybille* fueron cuidados en una pagoda semejante aunque mas pequeña que la que envío á Vds. dibujada. Nuestras tripulaciones iban á tierra libremente, nuestros oficiales tenían acceso por todas partes, lo mismo en las casas que en los bazares, en las pagodas de Budha y en los *Kamis* nacionales. — ¿No es cosa maravillosa en el Japon, en este país que las prescripciones de Tayco-Samo, que siguen en vigor, han tenido cerrado durante tres siglos contra las tendencias invasoras de la Europa? Hoy esas antiguas barreras están deterioradas, pero



Chozas de pescadores, y pescadores tártaros del archipiélago *Eugenia*, en el estrecho Hamelin.

¿cuándo estarán destruidas, y cuál será el papel de la Francia en ese momento? Por mas que busco solo descubro uno y para mí es el mas glorioso de todos; la Francia no será ni conquistadora como la Rusia, ni comerciante como los Estados-Unidos de América, ni colonizadora como la Inglaterra, sino que se contentará con ser la patria de los misioneros que continuarán la obra de S. Francisco Javier, y que devolverán al catolicismo ese hermoso florón de su corona que cayó tan noblemente en la sangre. Los valientes y piadosos trabajadores de esa obra están prontos, pero es preciso que sepan esperar, y esta es la virtud mas difícil para ellos.»

V. P.

## Exposicion Universal de la Industria.

XXII.

LA IMPRENTA Y LA LIBRERÍA. — LOS LIBROS DE LUJO Y LOS LIBROS BARATOS.

Desde que la invencion de la imprenta tuvo por objeto abrir una fuente inagotable á los ardores de la inteligencia, estaba en el interés general de la humanidad que las nuevas aguas fuesen conservadas en toda su pureza y se hicieran accesibles á un número de hombres cada vez mas grande. De este modo pues, sería posible juzgar del estado de la civilizacion en un país por la cantidad y el género de obras que en él se imprimen. Como una exposicion de la industria considera los libros bajo el punto de vista de la ejecucion tipográfica, nadie puede esperar hallar aquí un cuadro rigurosamente completo bajo ese punto. Sin embargo, debe suministrar mas de un indicio precioso de la tendencia de los espíritus, pues el tipógrafo consagra sus cuidados generalmente á las obras cuyo asunto le parece debe obtener el favor del público.

¿Se puede creer, verbigracia, que en todas las épocas, desde que existen exposiciones de la industria, la Imprenta imperial de París habria elegido la *Imitacion de Jesucristo* por objeto de un trabajo excepcional? Retrocedamos solo unos veinte años: si ese gran establecimiento hubiera querido presentarse en el concurso nacional de 1834 con un libro suntuosamente ejecutado, sin duda habria reproducido alguna obra admirable de la literatura antigua ó moderna; pero es permitido creer que bajo la influencia de las ideas que entonces dominaban no habria tomado la *Imitacion*. La eleccion de hoy se relaciona con el movimiento religioso de nuestros dias, con ese movimiento cuyas señales hemos hallado ya en otras ocasiones, y que encontramos hoy, con brillantes testimonios, en las exposiciones de la imprenta y de la librería.

Igual observacion se aplica tambien á las obras presentadas en la Exposicion Universal, que pueden pasar en grados diferentes por obras maestras de tipografía; todas pertenecen al dominio de los escritos serios. Algunas tratan de bellas-artes, otras de historia, otras de ciertos ramos de historia natural y otras en fin, se hallan consagradas á los grandes estudios literarios.

Al pié mismo de las gradas del lugar ocupado por la Imprenta imperial, encontramos varios trabajos propios para darnos una alta idea de los recursos y de la habilidad de la industria privada. No olvidemos hacer aquí una distincion esencial: la obra de la Imprenta imperial no es un libro que se halla en el comercio ó susceptible de entrar en él. Los gastos que ha exigido obligarian á un editor á elevar el precio de su venta á una cantidad inaudita en los anales de la librería y que solo podria convenir á los compradores mas opulentos. Los libros cuyo mérito tipográfico tenemos que mencionar ahora se hallan por el contrario en la circulacion comercial; sin duda son caros pero en fin su precio se halla todavia al alcance de las fortunas ordinarias.

Hé aquí precisamente las *Galerías públicas de Europa* que salen de los talleres de M. J. Claye. Esta obra, tirada en máquina, permite juzgar la precision con que funcionan las máquinas. Los numerosos y admirables grabados en madera que se hallan intercalados en el texto son una prueba irrecusable de que los aparatos mecánicos pueden satisfacer las exigencias de las publicaciones mas lujosas. El jurado de la última exposicion francesa habia distinguido ya otro trabajo de la misma imprenta la *Historia de los pintores*, bajo el doble punto de vista de la impresion del texto y de la ejecucion de los grabados. Este trabajo que segun los términos del informe del jurado «no dejaba nada que desear,» es hoy inferior comparado con el de las *Galerías públicas de la Europa*. Las viñetas de este último libro presentan al ojo mucha mas finura, y el color de los caracteres es de una regularidad, de una uniformidad mas seguida.

En presencia de tales resultados debidos á las prensas mecánicas, debemos recordar que apenas un intervalo de doce á quince años nos separa del tiempo en que trataban con desden el empleo de las máquinas. Se queria condenarlas á permanecer exclusivamente consagradas á la impresion de las obras mas corrientes ó de los diarios que tienen que seguir al galope la animacion y rapidez de la vida pública.

Hoy ya no es posible poner en duda ni la fuerza ni la destreza de la máquina. La casa Claye que trata con un cuidado notable las ediciones mas ordinarias, habrá contribuido con sus obras de lujo á la realizacion de ese nuevo progreso. Uno de los jefes de su casa M. Wintersinger, mas conocido en la tipografía parisiense con el nombre de José, se ha hecho una reputacion por su habilidad en dirigir las prensas mecánicas. En la exposicion de 1849 se llevó ya una medalla, con otro obrero tipógrafo M. Aristide que obtuvo igual recompensa por el mismo género de trabajo.

La impresion de grabados en madera reclama los cuidados mas minuciosos y una precision á toda prueba. No basta con saber el oficio y comprender el efecto de los menores movimientos de la máquina, sino que es preciso además un gusto seguro y delicado, que asocie en cierto modo al obrero al pensamiento del artista. Un impresor vulgar no sabe dar los efectos que el grabador desea. Sus pliegos monotonos y sin vigor carecen de esa variedad de tonos, de esa finura en los rasgos que han llegado á dar al grabado en madera el aspecto del gra-

bado en dulce. Pero ántes de concluir con la exposicion de M. Claye, mencionaremos siquiera algunos de los hermosos grabados que formaban parte de las colecciones expuestas, sobre las *Bodas de la Virgen* de C. Wanlog. Seguramente las intenciones del artista se hallan aquí admirablemente reproducidas. ¿Quién podria creer que la máquina de donde salen esos pliegos da de 700 á 800 en el espacio de una hora?

Una obra cuya ejecucion tipográfica es digna de los mayores elogios, *La Turena, su historia y sus monumentos*, ha sido tambien impresa en máquina por M. Mame, de Tours. Este libro contribuirá sin duda alguna al mayor brillo del grabado en madera. Encierra en su texto mas de 300 grabados representando escenas históricas, retratos, monumentos, etc. Un ejemplar se ha tirado en pergamino, y es la primera obra tirada en máquina sobre esa materia. El pergamino es demasiado caro para que el ejemplo se propague; cada pliego de la obra cuesta casi tan caro como una resma de buen papel ordinario. En el tomo que hemos visto se han gastado de 800 á 900 fr. en pergamino. En verdad que han debido elegir el mejor. Ahora bien, el pergamino ordinario, el que proviene de las pieles de cabra, de carnero, etc., tiene ya un precio crecido; pero en el de calidad superior se emplea la piel de cabrito ó de carnero y sobre todo la piel de los becerrillos que nacen muertos, de modo que es fácil comprender la elevacion de su precio.

Las publicaciones especiales sobre la historia de diferentes provincias de la Francia, como *La Turena* de M. Mame, forman un campo que sería de desear abordasen mas y mas las imprentas departamentales, pues en ello habria un estímulo para el arte local y un aliciente para el trabajo. La iniciativa en este género de operacion fué tomada atrevidamente por un hombre cuyo nombre ha ido cobrando fama en las exposiciones sucesivas desde 1834, M. Desrosiers de Moulins. Seguramente se necesitaba una gran resolucion para emprender y ejecutar léjos de París con los recursos propios y en una de las poblaciones mas modestas, publicaciones que exigieron hasta 300,000 fr. de desembolso. M. Desrosiers lo hizo sin embargo y dió á luz sus obras sobre la *Auvernia* y otras que le valieron altas distinciones. Quizá debamos á su ejemplo el suntuoso volumen de M. Mame sobre la Turena.

El grabado de madera que presta tanto atractivo á esta última obra le hallamos tambien en la Exposicion en las muestras de muchos impresores, y por todas partes nos pareció victoriosamente instalado. Aunque haya tenido ya ocasion de citar las nuevas aplicaciones que la litografía debe á M. Plon, quiero recordar que ha hecho servicios especiales al arte de tirar viñetas. En cuanto á las impresiones con grabados en madera, las publicaciones *ilustradas*, la exposicion francesa no ofrecia ninguna muestra superior á los hermosos pliegos de M. Best, que expuso varios volúmenes del *Magasin pittoresque*. M. Best despues de haber sido grabador se consagró á la imprenta, y demuestra en la reproduccion de sus viñetas todo el gusto que exigia su primer estado. Mencionaremos tambien, en el ramo de libros *ilustrados* los *Tres reinos de la naturaleza* procedentes de los talleres de un impresor M. P. Dupont, que mas adelante hallaremos con varios de sus obreros en el terreno de las invenciones tipográficas. Por último, citaremos una publicacion muy conocida impresa por MM. F. Didot hermanos, *l'Illustration*, cuya forma ha exigido una máquina particular.

Esta última cita nos conduce á uno de los mas vastos establecimientos de tipografía existentes en París, despues de la imprenta imperial, el que cuenta con un material mas considerable, sobre todo á causa de la variedad de caracteres que posee. Debemos á la casa Didot obras de lujo de un género especial que mantienen á su nivel la reputacion secular de que disfruta. La imprenta ha tenido la rara fortuna de contar muchas familias célebres consagradas tradicionalmente al ejercicio de esa noble profesion, y que han servido á la causa del arte hasta el punto de merecer un puesto eminente en la historia. Así encontramos los Aldes en Italia, los Etiennes en Francia, los Elzevirs en Holanda. El nombre de los Didot queda inscrito tambien en ese libro de oro de la tipografía.

No era tarea fácil sostener ante todo el mundo en la Exposicion Universal de 1833, títulos tan excepcionales. Los jefes actuales de esa casa, M. Ambrosio Fermin Didot y M. Jacinto Fermin Didot han presentado ciertas obras que no desmentirian sus antepasados. Primero vimos la reimpression aunque con adiciones considerables, del *Thesaurus linguae graecae* de los Etiennes, que fueron á la vez sus autores y sus impresores y que agotaron sus recursos en esa costosa operacion. Hé aquí luego una preciosa edicion de Horacio; es la reproduccion mejorada en cuanto al texto y los comentarios de una obra maestra tipográfica del siglo XVII de la edicion publicada por los Elzevirs en 1676. MM. Didot no retroceden ante ningun esfuerzo cuando se trata de asegurar la exactitud de los textos. Mandan compulsar las bibliotecas francesas y extranjeras, comparar las versiones, examinar los manuscritos, y sus ediciones se apoyan de ese modo en trabajos científicos que las dan una autoridad irrecusable. La correccion del texto que es el mérito principal de una obra tipográfica es un título que el mundo sabio reconoce á las publicaciones de MM. Didot.

Sin que puedan imitarse á las principales obras que acabamos de citar, otros libros de impresion esmerada y lujosa, figuraban en los escaparates de algunos impresores parisienses sobre todo en los de M. Gratiot, de

MM. Bonaventure y Ducessois. MM. Benard y compañía, sucesores de M. Lacrampe, tenían un álbum de grabados en madera que los inteligentes admiraron en extremo. Dos tipógrafos de Lyon, MM. L. Perrin y A. Wingtrinier, deben ser nombrados, el primero por la publicacion titulada *Inscripciones antiguas de Lyon* y el segundo por la *Monografía de la mesa de Claudio*.

Las muestras de M. Silbermann de Estrasburgo llamaban la atencion en alto grado. Ya en un artículo anterior tuvimos ocasion de decir dos palabras de sus ingeniosas aplicaciones hablando de las impresiones en color expuestas en la nave, pero es preciso considerar esos trabajos en sus detalles para poder apreciar las dificultades vencidas. Allí vimos el antiguo estandarte de Estrasburgo copiado de un cuadro del siglo XIII ó XIV impreso en treinta y seis colores. Es una obra maestra. Las copias de vidrieras antiguas no eran menos notables. Impresiones en colores como las de M. Silbermann, como las que nos llamaron la atencion en el trofeo de M. Plon, pertenecen seguramente á la categoría de las obras de lujo.

Sería injusto pasar en silencio la accion que han ejercido ciertos libreros-editores sobre la imprenta contemporánea. Cuando el librero no es mas que un simple comerciante de libros, no podia tener derecho á penetrar en el palacio de la Industria; pero el editor, el editor inteligente, hombre de gusto, puede reclamar su parte en el mérito de una obra tipográfica. El papel que llena presenta alguna analogía con el de un arquitecto para la construccion de un edificio. Salvo en algunas imprentas fáciles de contar, no basta enviar un manuscrito á un regente para tener despues un libro bien hecho. Las exigencias del librero, sus consejos, sus miras, sus planes se encuentran á cada página, en grados diversos, segun la naturaleza de la publicacion, pero siempre bastante en relieve para que le den el derecho de exponer tambien una obra bajo su propio nombre.

En el círculo de los libros de lujo en que hablamos en este momento ¿quién podria contestar la influencia de ciertas casas de librería sobre la ejecucion de varias obras justamente afamadas? Entre los expositores de 1833 hay algunos editores cuyos títulos se hallan reconocidos en todo el mundo. Citaremos MM. Furne, Perrotin, J. Renouard, Curmer, etc.

M. Curmer cuyo escarapate se distinguia por el brillo de encuadernaciones elegantes enriquecidas con pedrerías, oro, plata, marfil y adornos esculpidos ha abierto el camino, digámoslo así, á las publicaciones suntuosamente *ilustradas*. Hará unos veinte años, la *Historia del Antiguo y el Nuevo Testamento*, el hermoso libro de Pablo y Virginia inauguraban en cierto modo el grabado en madera en la tipografía. Por los tiempos en que se publicaron esas obras la imprenta estaba léjos de poseer los elementos de que hoy dispone. Era preciso apropiarse para un nuevo empleo una parte del material, crear algunos nuevos instrumentos; era preciso dirigir todo un personal inexperiencedo aun, por último, era preciso excitar la vena de los artistas. Para juzgar exactamente del estado del grabado en madera en aquel tiempo, no hay mas que hojear las publicaciones *ilustradas* de entonces, y por todas partes hallaremos un arte en la infancia, un arte llamado á prosperar, pero que no parecia poseer en su nacimiento el sentimiento de sus próximos y brillantes progresos. Editores é impresores han contribuido á los triunfos alcanzados. Los nombres de MM. Everat, Lacrampe, Curmer, etc., sueñan juntos en el teatro de esos primeros triunfos.

En la Exposicion pudimos convencernos de que la via trazada ha sido hábilmente explotada y que recibió un ensanche extraordinario. No solo los escritos literarios, pero tambien los libros de oraciones, los devocionarios, se han resentido del movimiento y han sido reimpresos con cuidado é *ilustrados* á veces con el mayor lujo. Algunas de estas últimas obras se han vendido á precios muy altos, aunque fáciles de justificar por los gastos enormes que exigen publicaciones tan magníficas. Así vimos el *Camino de la salvacion*, coleccion de oraciones, cánticos, himnos, con orlas de cinco colores realzadas de oro, que cuesta 200 fr. el ejemplar sin hablar de la encuadernacion que varia de 30 fr. á 1,000 fr. Otros muchos libros de devocion, de formas diferentes y elegantes, pero menos suntuosas, han bajado hoy á precios módicos; es la elegancia accesible á todas las fortunas. Seguramente el fervor religioso no necesita esos refinamientos, pero tampoco excluye el buen gusto en las formas, y aun á veces puede favorecerse por ese buen gusto, cuya suave armonía parece corresponder con el recogimiento del alma.

La casa Mame de Tours ha alcanzado el último término de la baratura en cuanto á libros de oraciones y de esos que se dan en premio en los establecimientos de instruccion. Así esa vasta imprenta que reúne todas cuantas operaciones constituyen la fabricacion de un libro, se ha distinguido doblemente por una publicacion de gran valor, la *Turena*, y por publicaciones cuya baratura tiene algo de fabuloso. Esta casa suministra á la librería devocionarios, bonitamente encuadernados, á razon de 33 céntimos; pues es verdad que vende 150,000 ejemplares cada año.

La casa Mame surte los establecimientos de los *Hermanos de la doctrina cristiana*, que han hecho ya y que hacen cada dia tantos servicios á la instruccion del pueblo. Esta institucion que cuenta en su seno hombres de un talento distinguido, compone los libros que se dan de texto en sus escuelas. Los hay que se tiran á 100,000 ejemplares, como verbigracia, la *Aritmética*. La casa Mame imprime 15,000 resmas de papel por año para los *Hermanos de la doctrina cristiana*, y se los envían en

pliegos que ellos mandan encuadernar en rústica. Los *Hermanos* quieren facilitar la baratura en las publicaciones á fin de poder vender á bajo precio las obras necesarias para la educación de los niños.

M. Mame puede lisonjearse de haber hecho bajar los precios de los libros en las diferentes especialidades que explota. Los beneficios son mínimos, pero se multiplican por una circulación sin igual. Sin embargo, á pesar de esta ventaja, las obras de esa casa están bien fabricadas. El ejemplo de M. Mame ha influido en todas las imprentas de provincia que se consagran á trabajos análogos. Si en Limoges principalmente donde se tratan grandes negocios en materia de librería corriente, si en Lyon, en Lila, etc., la impresión de libros es hoy mas satisfactoria que en otros tiempos, justo es atribuir en gran parte este resultado á la influencia de los perfeccionamientos realizados en Tours.

### Poetas famosos.

ANTARA Ó ANTARA EBN XEDDAD, EL ABSITA.

#### I.

En la historia de todos los pueblos hay una época lejana y oscura en que los sucesos verdaderos se encuentran mezclados con los cuentos y las fábulas, y que la imaginación del hombre, amiga de lo misterioso y lo desconocido, reviste de cierto carácter ideal y maravilloso. Esta época, que es la primitiva del nacimiento y primer desarrollo de las naciones, rodea con su interés, así á los personajes como á los acontecimientos que la pertenecen, y en ella se ven siempre aparecer señalados héroes, que se engrandecen y aventajan mas por los tiempos que alcanzaron, que por los hechos y proezas personales que llevaron á cabo. Tales personajes son en verdad los que cada pueblo escoge para su epopeya, y aunque mas hijos de la imaginación que de la realidad, obtienen por siempre en él nombre y celebridad imperecedera, porque son como retratos de la época en que empezaron á correr los destinos de la nación, y personifican su espíritu, tendencias y carácter especial, que nacen con ella misma, y que jamás destruyen por completo los siglos ni las revoluciones.

También en la infancia de la nación árabe se cuenta una época romanesca y fabulosa, y en ella sobresale, entre otros, un héroe, famoso poeta y caudillo al par, á quien si la historia coloca en alto puesto por su ingenio para las letras y su valor en las armas, las tradiciones y espíritu maravilloso y admirador de los árabes le atribuyen hazañas portentosas y casi increíbles. Así en los tiempos de oscura historia, en que tuvo principio la restauración del poder cristiano en España, nuestras crónicas y romancesos ensalzan y encarecen las proezas inauditas y singulares de Bernardo del Cárpio y del Cid.

*Antara Ebn Xeddad el Absita* es el héroe de los árabes á que aludimos. Como el ciego de Smyrna á los tiempos fabulosos de la Grecia, el *Abul Jauaris* (1) del Arabia se remonta á la edad llamada por los adeptos del profeta *Alchailia* (2) ó del gentilismo. Antara, el caballero de los caballeros (3), no solamente ofrece el tipo del poeta, sino también el del héroe: es al par el Homero y el Aquiles de su nación. Por su vida, al par poética y guerrera, podemos compararle con los Escillas y Garcilasos españoles, y los Camoens lusitanos; pero su lira es, por decirlo así, mas militar que la de aquellos, porque perteneció á un pueblo altamente belicoso, y que aparte del pastoreo y guarda de sus ganados, no conocía otra profesión que la de acometer excursiones y empresas de armas contra enemigos y extraños. Si hay algun tipo en la historia de otras naciones que ofrezca cumplida semejanza con el árabe Antara, es sin duda el griego Tirteo. Ambos héroes, valerosos, desgraciados, virtuosos, amantes de su patria, manejan para enaltecerla, ya la espada, ya la lira. Cantan, porque el triunfo ó la derrota les arrancan un acento de alegría ó de dolor en los campos de la lid: sus cánticos son el aliento y sosten del que combate, el elogio del vencedor, el consuelo y esperanza del vencido; son, en una palabra, el himno de la guerra. Nuestro héroe, tal como le pintan la historia y las tradiciones, es el tipo primitivo de los caballeros de la edad media: especie de Bayardo árabe, en quien se mira personificado aquel espíritu de honor, de lealtad, de portentoso valor, de adoración al sexo hermoso, que animaba á los árabes, y que con las armas musulmanas se extendió del Oriente á los pueblos de la Europa, ennoblecido y engrandecido luego en ella por la creencia y la moralidad cristiana.

La gloria, que en pos de sí dejó Antara, fué grande como lo había sido su ingenio, como lo fueron las agitaciones y azares de una vida toda de abnegación y heroísmo. Los árabes llegaron á considerarle como el tipo de sus héroes: sus hechos valerosos en la guerra los miraron como el mejor ejemplo que debían proponer á sus soldados y caudillos. Pero todavía Antara llegó á alcanzar otra gloria mas envidiable. En aquellos tiempos de costumbres desenfrenadas, en que la venganza, el pillaje y otros mil excesos, nacidos de la falta de leyes y de religión, mancillaban á los árabes, sin que fuesen bastante compensados con la generosidad hospitalaria, y la lealtad y patrocinio para con sus deudos y aliados,

únicas virtudes que florecían entre ellos, Antara descollo y se hizo amar por su desinterés, su liberalidad, su moderación y el amparo que concedía al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor, y por todo linaje de nobles prendas. En el poeta Antara despuntó para los árabes una brillante aurora de moralidad y civilización. Por eso la historia de la vida y hechos de Antara, monumento levantado por los árabes á la gloria de tal héroe (1), es la epopeya de esta nación. Cuando los árabes en los siglos medios dominaron desde el Oriente al Occidente, encendiendo una gran antorcha de ilustración en las tinieblas de aquella edad, la fama de Antara corrió desde el Irac, el Nicház y el Yémen, cuna del pueblo árabe, hasta las remotas partes de España. En las obras de *Ebn Alcutia* (2), *Ebn Jacán* (3), *Ebn Wudzeil* (4), *Ebn Bedrun* (5), *Abu Thair el Rondi* (6), y de otros muchos árabes españoles se hace gloriosa mención del héroe del desierto. Antara, en fin, es igualmente grande, ya se le considere como guerrero ó ya como poeta. Como guerrero, su valor y su destreza en las armas y en la gineta son proverbiales entre los escritores árabes de todos los tiempos. Como poeta, sus versos fueron para los árabes lo que para la nación griega los de Homero, animando á aquellos conquistadores en las primeras expediciones y guerras, que los llevaron á su engrandecimiento. Lo que mas prueba la fama sin rival que goza Antara entre los árabes, es el conocerse desde lo antiguo en el Oriente y en Africa ciertos recitadores llamados *Antaries* (7) cuya única profesion es la de leer y cantar, y en los adueros, durante las veladas y diversiones nocturnas llamadas *zambras*, ya en los bazares y otros lugares públicos, los versos del poeta guerrero y sus hazañas, tal cual las describe el poema titulado *Sira Antara*. Los árabes formando círculo en torno del recitador, asisten á esta lectura, sí, con profunda atención y religioso recogimiento, mostrando con sus ademanes el vivo interés y admiración que les inspira el mayor de sus antiguos héroes; así como los capitanes y soldados griegos se agrupaban en derredor de los rapsodas, que les recitaban trozos de la Iliada y la Odisea. Antara alcanzó además el supremo honor, á que podía aspirar un poeta en aquella nación y en aquellos tiempos, honra que solo alcanzaron siete poetas entre los innumerables que produjo la Arabia en aquella época. Los árabes tributaron á Antara este honor sin par, escribiendo con caracteres de oro uno de sus poemas (8) sobre las paredes de la Caba, templo de Mecca, consagrado por esta nación á la deidad de la poesía. El mismo Mahoma rindió al caudillo poeta el homenaje de su admiración con aquellas notables palabras que han contribuido á acrecentar y extender la reputación de Antara entre los árabes islamistas. Dijo en cierta ocasión: « Nunca he oido hablar de árabes » del desierto á quien haya deseado conocer, sino es » Antara. »

La vida y hechos de Antara merecen ser examinados muy particularmente, por ser uno de esos genios marcados visiblemente con el dedo de la Providencia, y que dotados de un poder y fuerza sobrehumana é irresistible, se alzan á pesar de todas las desventajas, obstáculos y contrariedades, á ocupar el puesto y á cumplir la misión que Dios mismo les ha señalado. Aunque los estrechos límites que nos es forzoso dar á estos artículos, no nos consienten el entrar en copiosos pormenores sobre la vida de nuestro héroe, procuraremos no omitir en nuestro breve relato los hechos y noticias mas importantes, que á este propósito nos suministran, no ya las tradiciones y los cuentos sino los historiadores árabes mas dignos de fé.

*Antara* (9) hijo de Xeddad y de linaje Absita ó de la tribu de Abs, una de las mas poderosas que moraban á la sazón en los desiertos de la Arabia, nació por los años de 350 de nuestra era. Aunque destinado á alcanzar alta gloria y renombre, grandes contrariedades y desgracias le rodearon desde su mismo nacimiento. La mayor de todas fué haber nacido de condicion esclavo, porque si bien por parte de su padre emparentaba con lo mas noble de la tribu de Abs, y con el mismo rey Zoheir, su madre era una esclava habisinia, por nombre Zebiba, á quien habia cautivado el caudillo Xeddad en una de sus expediciones guerreras. Gran afrenta era entre los árabes el no encerrar en las venas sangre enteramente libre, y los que incurrian en esta nota, difícilmente lograban la libertad: no debían ceñir espada, ni tomar parte con los guerreros de pura raza en los combates, sino guardar ignominiosamente los ganados de la tribu y servir á los demás. Antara, sin embargo, desde su

(1) Este poema es la *Sira* que mencionaremos despues.

(2) Famoso historiador de España y natural de Córdoba.

(3) Célebre literato andaluz nacido en *Sajra Alvalad*, alquería de la jurisdicción de Alcalá la Real. Murió en el año 529 de la egira 1135 de J. C. Véase el fragmento de sus obras publicado por Dozy en sus *Scriptorum Arabum loci de Abuditis*. Leiden, 1846 (pág. 37 y sig. del tomo I).

(4) Famoso escritor de arte militar en el capítulo XIX de su obra titulada « Regalo de las almas y clamide de los habitantes de Andaluz » M. S. de la Biblioteca del Escorial. Nació en Granada hácia mediados del siglo VIII de la egira XIV de nuestra era.

(5) Literato árabe, natural de Silves, es en Portugal, en su comentario al célebre poema de *Ebn Abdun*, publicado por M. Dozy en Leiden, 1846 y 47.

(6) Es decir, el rondenó; en sus misceláneas de historia y literatura árabe.

(7) Sobre estos recitadores del poema de Antara véase á Niebuhr: viaje á la Arabia. Lamartine: viaje á Oriente, etc.

(8) Este es el poema llamado *Moulaca*, de que hablaremos despues.

(9) *Antara* significa en la lengua árabe la fortaleza y el heroísmo en la guerra, nombre que siendo niño dieron á nuestro héroe, como en pronóstico de lo que llegó á ser.

misma infancia comenzó á dar notables muestras de valor é ingenio, y á hacer frente con tales prendas y merecimientos á las preocupaciones de su pueblo.

Siendo esclavo y casi niño todavía se ejercitaba en tirar al blanco, en esgrimir la espada y en jugar la lanza, en cabalgar bravos corceles, en perseguir y dar caza á las fieras del desierto y finalmente en componer canciones y poesías, ora amorosas, ora guerreras. La naturaleza, en desgravió sin duda de haberle dado tez atezada y la ruda fisonomía de un etiope, le habia dotado de gran robustez y fuerzas hercúleas. Con tales ventajas logró hacerse temer y respetar, eludiendo en parte las persecuciones y afrentas, que le acarrea su humilde condicion.

El amor ocupa una página muy interesante en la historia de Antara. Era costumbre de todo árabe distinguido el tener una dama de sus pensamientos, á quien rendir el culto de su amor, á quien consagrar los trofeos de sus victorias, á quien invocar en los combates, á quien celebrar en sus versos, y finalmente por quien empeñarse en empresas y aventuras (1). La amante de Antara fué Abla. Pigna de los afectos que inspiró al héroe, hermosa, pura, amorosa y constante Abla, en la historia de estos amores ofrece un tipo seductor y celestial de mujer con todos los encantos y el idealismo que debían entusiasmar la imaginación poética de su amante. Antara, que no reparaba en imposibles, dáse á conocer en una gloriosa hazaña á esta Abla, doncella noble y hermosa, hija del emir Malic, y enamórase ciegamente de ella. Atrévase á aspirar á su mano, sin pensar en que todavía es un miserable esclavo, porque su mente ve en presentimiento el porvenir de gloria que le espera, y para llegar á alcanzarla, le ha de bastar con un esfuerzo de su ingenio y valor. Esta pasión ardiente y profunda concebida en los dias de su esclavitud, le dió aliento para conquistar su libertad, y lograr puesto y gloria que le hiciesen digno de ella. Su esfuerzo, su rendimiento amoroso, y la heroica abnegación, con que se arriesga á todos los peligros por merecer su emancipación y lograr el afecto de la que adora, van ganando el corazón de la tierna y dulce Abla.

(Se concluirá.)

### El arce de azúcar.

En medio de los vastos bosques de la América del Norte existe un árbol gigantesco, igual á los mas grandes plátanos de nuestros parques, á los mas altos castaños de nuestras casas de recreo, cuyas hojas parecidas por la forma á las de parra, recortadas en cinco lóbulos agudos y ondulados son aterciopeladas, blanquecinas por debajo y de un verde brillante por encima, sobre todo en la primavera. A medida que se acerca el otoño, sus hojas toman matices que pasan sucesivamente del color de naranja al de púrpura encendido.

Este árbol que con frecuencia llega á la altura de 30 á 40 metros, y que por lo comun alcanza la de 20 á 25, es llamado por los botánicos *acer saccharinum*, ó en otros términos, *arce de azúcar*. En el Canadá y en los Estados de la Union donde crece este árbol; en el Wisconsin, el Michigan, el Minoseta y el Missouri, los americanos le llaman *maple*. El arce florece en abril: sus flores son corimbas amarillentas, suspendidas como racimos de grosella, y sus frutos consisten en dos cápsulas aladas y de figura ovóidea, cuyo interior hueco, no contiene apenas mas que dos ó tres granos verduscos.

El cultivo del azúcar de arce se ha convertido en uno de los ramos mas importantes del comercio del Canadá. En el último año, á la época del recuento, su producto ha sido evaluado en veinte y cinco millones de pesos, y todo hace creer que esta enorme suma aumentará gradualmente, porque, merced á una multitud de plantíos el arce va á reemplazar en adelante los terrenos que antes ocupaban los plátanos y los sicomoros.

Hé aquí como se coge el azúcar de arce.

Tan luego como el agricultor de los Estados-Unidos y de la colonia inglesa echa de ver el movimiento de la sávia de este precioso árbol, da principio á sus preparativos, y el día ménos pensado abandona su hacienda seguido de toda su gente, guiando los caballos que conducen en carros los utensilios necesarios para la fabricación del azúcar, y provistos de víveres para el mantenimiento de su numeroso personal. Encamínase la caravana hácia los grandes bosques, cuya concesión obtenida en otros tiempos se trasmite de padres á hijos, por privilegios señoriales en el Canadá, por costumbres territoriales en los Estados-Unidos; y una vez llegado al sitio designado, se establece el campo al lado de un manantial, en medio de una plazuela en el centro del bosque de los arces, á la sombra de las magnolias que abren ya sus blancos tulipanes antes de desarrollar sus hojas vistosas. La tienda está plantada, el hogar construido; las carretas colocadas en círculo durante la noche para proteger á los trabajadores contra los ataques de las fieras carnívoras, y en especial contra la pantera, que no teme muchas veces atacar al hombre.

Es en extremo curioso ver apilar unos sobre otros los toneles de toda especie destinados á recibir el jugo sacarina de las calderas donde en virtud de la cocción y de la ebulición se cristalizará la sávia, y en seguida será vaciada en moldes estrellados preparados de antemano. El hacha trabaja ya; escógenese dos horquillas entre las

(1) Ya observamos mas arriba que el espíritu caballeresco que tanto se extendió en Europa en la edad media, trae su origen de los árabes, y particularmente de nuestro Antara, el padre de los caballeros.

que se suspende un tronco de árbol, y detrás de ellas se construye un horno ó mas bien una chimenea-fogón. La caldera se cuelga de este travesaño, y se da principio al trabajo de la cristalización del *maple sugar*.

El procedimiento puesto en uso para esta fabricación es generalmente muy sencillo y hé aquí cómo se procede con poca diferencia en todos los lugares donde se recoge el producto del arce.

El *Sugar-camp* (campamento del azúcar) está concluido y los trabajadores se dispersan por el bosque llevando consigo un taladro de unas nueve líneas de diámetro, algunos cubillos para echar la sávia y unas cañas de bambú ó en su lugar tubos de hojalata. Eligen sus árboles, taladran la corteza á un metro de la tierra y meten uno de los tubos que descansa por la otra punta en un cubillo. Los árboles se perforan oblicuamente de abajo á arriba, á cierta elevación y se tiene cuidado de que el taladro no penetre á mas de media pulgada en el alborno, pues se sabe que aquí se encuentra mayor cantidad de sávia que en el corazón del árbol. También es costumbre taladrar los arces en la parte del árbol que comprende al Mediodía, pero aunque esto es sin duda preferible, no se considera como indispensable. Una vez concluidos estos preliminares ya no queda mas que esperar la llegada de la sávia; esta cae primero en gotas y luego en un chorrito delgado que concluye por

una corriente continua. En cuanto los cubos están llenos, se reemplazan con otros vacíos, y se llevan los primeros á los grandes calderos donde se confecciona la evaporación y cristalización del líquido sacarino. Estos cubos son de madera blanca de pino, de fresno ó de morera; no se emplea el castaño para este uso, á causa de la parte colorante de la madera, y de su amargo particular que se comunicaría al azúcar.

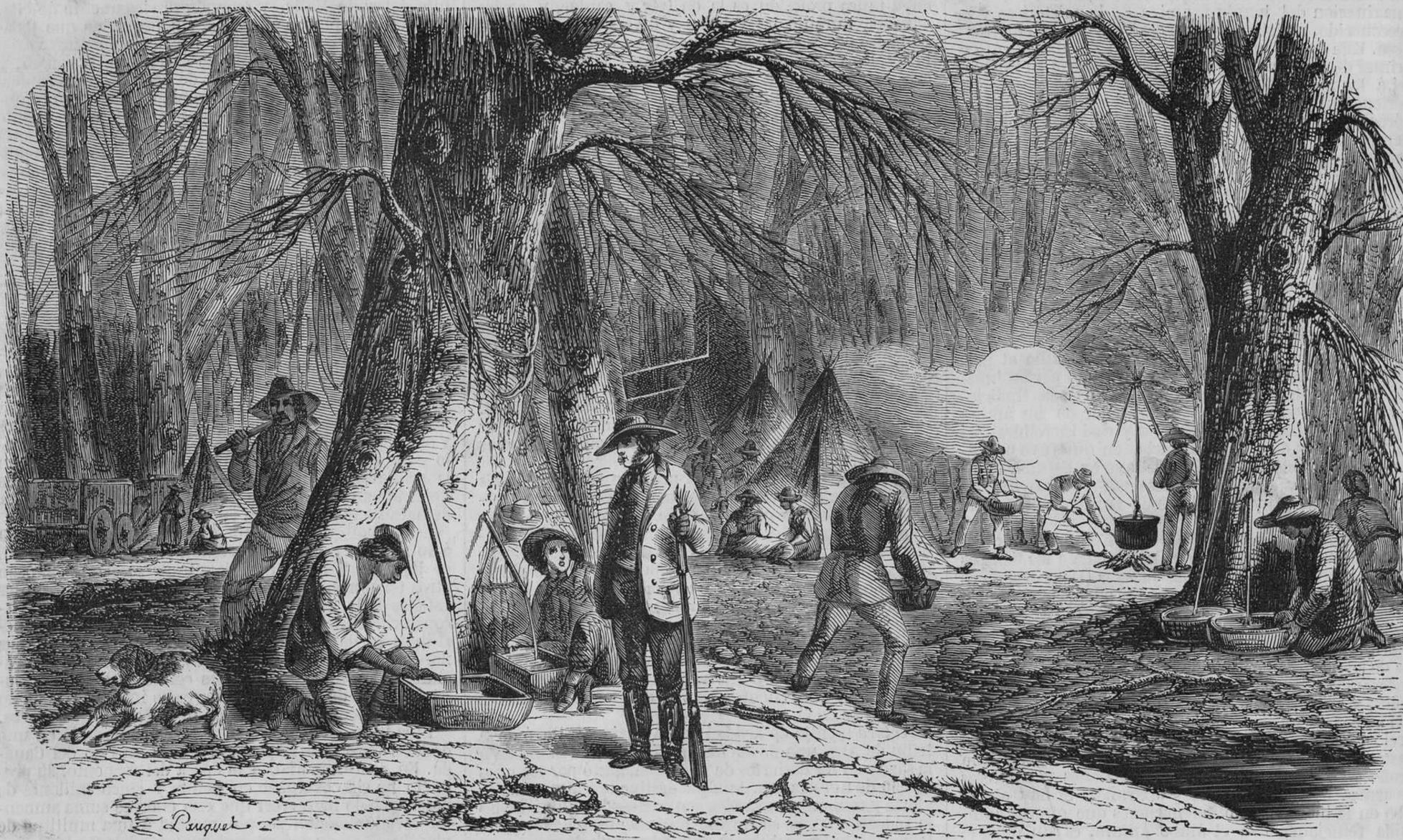
A veces la materia líquida es tan abundante, sobre todo relativamente al material de los explotadores, que es imposible hacerla hervir en el mismo día; entónces la echan en toneles, pero tienen mucho cuidado de que no permanezca mas de dos días en esos recipientes momentáneos. Este jugo del arce fermenta muy pronto, sobre todo si la temperatura glacial se dulcifica. La evaporación se produce por un fuego activo y en cuanto la materia cuece y se espesa, la espuman con cuidado añadiendo de tiempo en tiempo una nueva cantidad de líquido hasta que el licor se convierta en jarabe.

Entónces la dejan enfriar y en cuanto está tibia la pasan á través de una manta de lana.

Para conocer el momento en que el licor debe echarse en los moldes, no hay mas que tomar algunas gotas entre dos dedos y asegurarse si existen granitos imperceptibles. Es curioso este relativo á la ebullición; cuando es muy fuerte, el líquido tiende á salirse del caldero,

pero para evitarlo no hay mas que arrojar un pedazo de tocino ó un poco de manteca en el recipiente, y como por encanto el espuma se calma y el líquido toma su nivel debido.

Las caravanas agrícolas del Canadá explotan á menudo un bosque entero y su campo ofrece un aspecto vistoso. Figurémonos, pues, en medio de una plazoleta al abrigo de algunos árboles seculares cerca de una fuente que corre entre dos rocas, un campamento formado con algunas tiendas de lienzo tosco, en cuyo centro arde una hoguera que sirve para la cristalización del azúcar y para cocina de los trabajadores. Uno ó mas vigilantes, según la importancia de la fábrica improvisada al aire libre, guardan sus productos de los latrocinios de los animales de cuatro patas mas ó menos dañinos que pululan en torno del *sugar-camp*, sin otro deseo que el de deslizarse hasta los recipientes llenos del dulce líquido. A veces en medio de la noche se oye un tiro y el vigilante va á recoger cerca de un caldero un cuadrúpedo muerto en el momento en que comete un robo nocturno. Los trabajadores apenas se mueven. Los que duermen no se han dignado incorporarse en su cama de hojas secas, eso no es nada, están exentos de todo peligro, pues los Pieleros rojos vecinos de su campo pertenecen á tribus amigas y no atacan nunca á los blancos.



Extracción del azúcar de arce.

El azúcar selvático de que tratamos aquí es por lo común de color tostado; su sabor es tan agradable como el del jugo de la caña y su resultado es parecido al del cogucho.

El espacio de tiempo en que se extrae la sávia de los árboles es de mes y medio; á fines de este período es menos abundante y azucarada y se resiste á la cristalización. Entónces hacen con ella melaza y á veces vinagre.

Un buen árbol da cada vez como unas tres ó cuatro libras de azúcar; así el producto puede ser muy grande, y en efecto se recogen cerca de cuarenta millones de kilogramos solo en el Estado de Nueva-York. En el Michigan, el Maine, el New-Hampshire, el Wisconsin, el Missouri, el Illinois y la Pensilvania, donde la población es menos considerable relativamente á la extensión del territorio, los productos de los bosques de arces, según las estadísticas de 1854, se calculan en doscientos millones de kilogramos.

El *acer saccharinum* se cria en los países frios de la zona templada; se le encuentra entre el 40° y el 46° grado de latitud hasta la falda de las Montañas Rocheuses y la cosecha es mas ó menos abundante según las variaciones de la temperatura de la estación. Si el invierno es frio y seco el producto será considerable; si por el contrario es húmedo y lluvioso, la cosecha será mala. Por otra parte, cuando se establece el *sugar-camp*,

si la helada de la noche ha sido fuerte, y la temperatura es hermosa y clara y brilla bien el sol, la sávia correrá abundante y dará de ocho á doce litros por veinticuatro horas.

Se necesitan bastantes personas para recoger el jugo del arce. Se ha calculado que tres individuos bastan para guardar el producto de doscientos cincuenta árboles que dan mil libras de azúcar.

Se saca jugo de los mismos árboles durante veinte años seguidos sin que su vigor se debilite en lo mas mínimo; para obtener este resultado no hay mas que evitar el taladro del árbol en los mismos sitios, pues se forma al punto un nuevo alborno en los sitios barrenados, y la cicatriz se cierra al cabo de pocas semanas.

Un árbol de dos ó tres piés de diámetro que no se tema agotar y se trate sin ningun cuidado, puede suministrar como unas cuatro libras de azúcar cristalizado por veinticuatro horas, y según las experiencias hechas en el Canadá, se han sacado de un solo árbol con veintitres agujeros, cuarenta y seis litros de sávia que dieron siete libras y cuarteron de azúcar. Este mismo árbol produjo en la temporada treinta y nueve libras de residuo sacarino.

Se sabe en los Estados-Unidos que los árboles plantados en lugares húmedos dan mas sávia que los que crecen en las montañas. El líquido de estos últimos es claro y límpido como el agua filtrada, fresco al paladar, y

además constituye una bebida muy sana particularmente para los labradores que se cansan mucho.

En el Canadá donde la cosecha del azúcar de arce es considerada como uno de los productos mas seguros del país, las fábricas están organizadas con un cuidado particular; hay algunas en los condados de Beauharnais, de Napierville y de Chateauguay que ofrecen un aspecto verdaderamente curioso. La mayor animación reina en esas fábricas donde los irlandeses hacen el papel de los negros en las de azúcar de caña.

En Europa el *acer saccharinum* está poco esparcido; á decir verdad solo en los bosques del Austria, de la Moravia y de la Hungría, abunda lo bastante para que se pueda sacar partido de sus productos.

En Bohemia el príncipe de Auenberg cuyos abuelos hicieron plantar bosques de arces, recoge un año con otro de seis á siete mil quintales de azúcar procedente de sus bosques.

Desde hace algun tiempo muchos hacendados ricos del Norte de la Francia han importado el arce del Canadá y han plantado en una grande extensión de terreno arbolillos de la mejor especie. Esperamos los resultados que no es de creer sean infructuosos.

En la Exposición Universal de 1855 vimos entre los artículos enviados del Canadá algunos pilones de azúcar de arce; producto obtenido á poca costa y casi sin cultivo.

B. H. R.